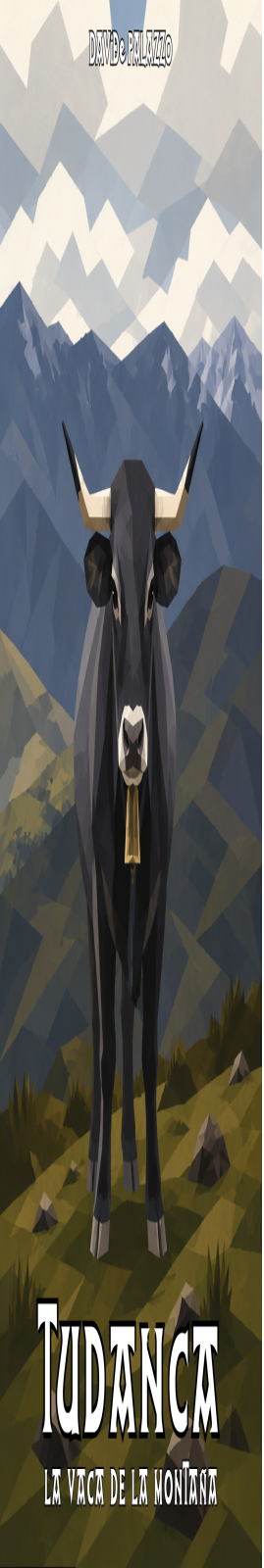
DAVID PALMIZZO
TUDANCA
LA VACA DE LA MONTAÑA

Descripción

La Tudanca no es sólo una raza bovina: es una forma de leer La Montaña. En sus cuernos, en su sobriedad, en su paso firme por los puertos y en su memoria de los caminos sobrevive una antigua alianza entre el hombre, el ganado y el territorio. Este libro quiere contar precisamente esa historia: no la de un animal aislado, sino la de un mundo entero que se reconoce en él.

Desde el valle que dio nombre a la raza hasta los altos pastos de Sejos; desde la Tablanca literaria de José María de Pereda hasta la Casona de José María de Cossío; desde la cuadra invernal y la muda de primavera hasta la carretería de los bueyes que bajaban hacia Santander, estas páginas reconstruyen la biografía de la Tudanca como animal de trabajo, madre de jatos, compañera del ganadero, riqueza de la casa y emblema de una cultura rural que durante siglos modeló el paisaje montañés.

La obra se detiene también en el gran giro del siglo XX: el Congreso de Criadores de Torrelavega de 1947, la mecanización del campo, la crisis que amenazó a la raza, la reorganización de su selección, el libro genealógico, la conservación genética, las ferias, la Olimpiada del Tudanco y el esfuerzo silencioso de quienes siguieron criándola cuando parecía destinada a convertirse en un vestigio. Por eso este libro es al mismo tiempo historia, memoria, etnografía y homenaje.

Con vocación literaria, apoyado en la documentación histórica y atento siempre a la voz de los paisajes y de sus gentes, *Tudanca. La vaca de La Montaña* quiere dejar

constancia de una verdad sencilla y profunda: conservar una raza no consiste únicamente en impedir que desaparezca un animal, sino en mantener viva la comunidad humana y el territorio que lo hicieron posible.

DAVIDE PALAZZO

TUDANCA

La vaca de La Montaña

Historia, memoria y vida de una raza inseparable de La Montaña

A los ganaderos montañeses,

a quienes durante generaciones aprendieron a mirar el cielo,

la hierba y el lomo de sus vacas como quien lee un mismo libro;

a los que madrugaron en la nieve, subieron a los puertos,

bajaron por los caminos del barro, guardaron heno para el invierno

y siguieron oyendo, entre la niebla, el sonido antiguo de los campanos.

Sin su esfuerzo callado, sin su sobriedad, sin su paciencia y sin su fe

en un modo de vida que parecía condenado a desaparecer,

la Tudanca no habría llegado hasta nosotros.

Este libro quiere ser, humildemente,

un acto de gratitud hacia ellos

y hacia la dignidad con que supieron servir a La Montaña

cuidando sus vacas.

Nota de edición

Edición de autor. Texto literario de carácter histórico, etnográfico y divulgativo. Las afirmaciones técnicas e históricas se apoyan en las fuentes indicadas en la bibliografía final. Cuando las fuentes antiguas ofrecen cifras discrepantes, el texto conserva expresamente la cautela documental.

© Davide Palazzo, 2026.

Índice

Prólogo. La vaca que regresó de la niebla

PARTE I — UNA VACA HECHA POR LA MONTAÑA

1. La sombra del uro

2. El valle que le dio nombre

3. Tablanca: la montaña escrita

4. La Casona y las vacas de Cossío

PARTE II — EL AÑO DE LAS VACAS

5. Cuando el invierno cerraba el valle

6. Hacer hierba

7. Nacer colorada

8. La muda

9. Sejos

10. La vuelta

PARTE III — ANTES DEL MOTOR

11. El buey

12. Hacer una pareja

13. Camino de Santander

14. Torrelavega, 9 de febrero de 1947

PARTE IV — CUANDO DEJARON DE SONAR LOS CARROS

15. El tractor

16. La vaca blanca y negra

17. Los que se fueron

18. De decenas de miles a una raza amenazada

PARTE V — LOS QUE DECIDIERON QUE NO DESAPARECIERA

19. El ojo del ganadero

20. 1978: el libro de familia

21. Una raza dentro de una pajita

PARTE VI — LA TUDANCA DEL SIGLO XXI

22. La vaca que tuvo que aprender otro oficio

23. Carne de montaña

24. La vaca y el paisaje

25. El ganadero del siglo XXI

PARTE VII — EL ORGULLO TUDANCO

26. Día de feria

27. La Olimpiada del Tudanco

28. San Martín de Treceño

29. Cada vaca tiene un nombre

30. Los tudanqueros

PARTE VIII — CUADERNO DE LA MEMORIA

31. Los colores de la montaña

32. Cuernos de montaña

33. Las mujeres de la casa

34. Aprender las vacas

35. Las razas que no llegaron hasta nosotros

36. Cuando los veterinarios empezaron a medir

37. Contar no es suficiente

38. Una raza, muchas Montañas

39. El trato

40. Torrelavega, ciudad de ganado

41. Cossío, una biblioteca abierta al valle

42. Volver a Peñas arriba

43. El museo que cabía en una cuadra

44. El futuro tiene cuernos

PARTE IX — VIDAS DE UNA RAZA

45. El semental

46. La madre

47. Agua

48. El sonido de los campanos

49. El monte de todos

50. La Tudanca de la posguerra

51. Los años del desarrollo

52. Los bueyes que cruzaron la montaña

53. Cruzar o conservar

54. Una cifra con fecha

55. El logotipo y la mesa

56. Los que todavía no han nacido

APÉNDICES — MEMORIA, LÉXICO Y DOCUMENTACIÓN

Apéndice I. Cronología esencial de la Tudanca

Apéndice II. Palabras de la Tudanca

Apéndice III. Cómo reconocer una Tudanca

Apéndice IV. Fuentes, método y cautelas

Epílogo. Mientras quede una Tudanca en el puerto

Fuentes y bibliografía esencial

Prólogo. La vaca que regresó de la niebla

A primera hora la montaña todavía no tiene contornos. Las laderas parecen haberse retirado durante la noche y sólo queda una claridad gris, suspendida sobre el valle, que no permite distinguir dónde termina el prado y dónde empieza el cielo. De algún lugar llega el sonido grave de un campano. No se oye de continuo: una nota, después silencio; dos golpes más, y otra vez la niebla. El ganadero no necesita ver a los animales para saber aproximadamente dónde están. Conoce la dirección por la que se mueve el sonido y sabe también que la vaca vieja suele adelantarse cuando el rebaño cambia de sitio. Para quien llega de fuera, todas las siluetas que aparecen después entre la humedad parecen iguales. Para él no hay dos iguales.

La primera Tudanca surge de la niebla de frente. Antes se ven los cuernos que el cuerpo. Son largos, limpios de perfil, abiertos como una interrogación antigua. Después aparece la cabeza, oscura, de mirada atenta; el morro claro; la línea del lomo; la grupa. A su lado camina un ternero mucho más claro, todavía con el recuerdo rojizo de la capa de nacimiento. La madre avanza sin prisa, deteniéndose de vez en cuando para arrancar un bocado de hierba. No hay nada espectacular en la escena y, precisamente por eso, resulta difícil apartar los ojos. La vaca parece pertenecer al lugar con la naturalidad de una peña o de un acebo. No ha sido colocada allí para una fotografía. Está allí porque durante generaciones el animal y el territorio se han acostumbrado el uno al otro.

Decir que la Tudanca es una raza bovina autóctona es correcto, pero insuficiente. La definición clasifica y ordena; no explica. No cuenta que durante siglos hubo casas cuya seguridad dependía de unas pocas reses, que un buen par de bueyes podía representar el capital más importante de una familia, que los caminos conocieron el golpe lento de sus pezuñas antes del rugido de los motores, que los puertos comunales organizaron la vida de pueblos enteros y que generaciones de ganaderos aprendieron una ciencia sin laboratorio: la de escoger qué animal debía quedarse y

cuál no.

Tampoco explica que la Tudanca fue útil antes de ser patrimonio. Nadie necesitaba protegerla cuando tiraba del carro, arrastraba madera, ayudaba en las labores del campo o convertía pastos difíciles en una riqueza modesta pero imprescindible. Su conservación se producía por necesidad. La familia guardaba la buena vaca porque criaba; conservaba la descendencia de otra porque era sobria; prefería determinado novillo porque prometía fuerza, aplomos y carácter para el trabajo. Así, sin discursos sobre biodiversidad, se fue haciendo una raza.

El problema llegó cuando el mundo dejó de necesitar aquello para lo que había sido seleccionada. La mecanización no fue una conspiración contra las vacas; fue una liberación para muchos trabajos agotadores. El tractor hacía en horas lo que una pareja de bueyes podía tardar jornadas. El camión transportaba más carga, más deprisa y más lejos. La especialización ganadera comenzó a valorar litros de leche, velocidad de crecimiento y rendimientos que no habían sido el centro de la selección tradicional. Al mismo tiempo, los pueblos perdieron habitantes, las cuadras se vaciaron y muchos jóvenes buscaron en Santander, Torrelavega, Bilbao o más lejos una vida que pareciera menos sujeta al invierno y a la hierba.

Entonces ocurrió la paradoja que sostiene este libro. Cuando la Tudanca dejó de ser indispensable comenzó a hacerse evidente que podía desaparecer. Había sobrevivido durante siglos porque era necesaria; tendría que sobrevivir en adelante porque algunos comprendieron que su valor no se agotaba en la utilidad inmediata. En su genética, en su comportamiento, en su forma de aprovechar el territorio y en las prácticas culturales que la acompañaban había un patrimonio construido durante muchísimo tiempo. Era una vaca, sí, pero también la consecuencia visible de una relación histórica entre las gentes de La Montaña y el medio en que vivían.

Para contar esa relación habrá que entrar en cuadras y pajares, acompañar la muda hacia los puertos, mirar las brañas y los invernales, escuchar a ganaderos que todavía recuerdan bueyes trabajando y detenerse en fotografías donde los animales aparecen delante de carros que ya no existen. Habrá que pasar por Torrelavega en 1947, cuando los

criadores se reunieron para pensar el porvenir de una raza todavía concebida en buena medida para el arrastre, y avanzar después hasta los programas actuales de conservación, los libros genealógicos y los bancos de germoplasma. Habrá que hablar de carne y de ferias, de genética y de paisaje, sin convertir ninguna de estas cosas en un catálogo.

Y habrá que entrar en la Casona de Tudanca. Allí, donde José María de Cossío reunió libros, cartas, manuscritos y recuerdos de una vida intelectual excepcional, el mundo de la cultura escrita convivía con otro archivo vivo situado fuera de las ventanas. Cossío entendió que la vaca de su tierra merecía observación y escritura. Esa mirada nos acompañará. No porque la Tudanca necesite la autoridad de un hombre de letras para ser importante, sino porque en Cossío se encuentran, de una manera rara y hermosa, los dos mundos que este libro quiere reunir: la biblioteca y el puerto, la página y el campano, la memoria escrita y la memoria animal.

Al cabo, la pregunta será muy sencilla. ¿Qué se conserva cuando se conserva una raza? No sólo un conjunto de caracteres morfológicos, ni un número de hembras y sementales, ni un registro administrativo. Se conserva una posibilidad de futuro y, al mismo tiempo, una parte del pasado. Se conserva la experiencia acumulada de quienes supieron criarla. Se conserva un modo de estar en la montaña que no puede encerrarse entero en un museo.

La vaca que ha salido de la niebla continúa caminando. El jato la sigue. El ganadero menciona su nombre y cuenta de quién es hija, qué edad tiene y cómo se comporta cuando llega mal tiempo. En unas pocas frases aparece una genealogía que para él no es abstracta: tiene cuerpos, partos, veranos y recuerdos. El campano vuelve a sonar. Ahora el rebaño se aleja hacia una loma y la niebla empieza a levantarse.

Este libro comienza ahí.

PARTE I — UNA VACA HECHA POR LA MONTAÑA

1. La sombra del uro

El origen de las razas antiguas invita a las leyendas. Cuanto más arcaica parece la silueta de un animal, mayor es la tentación de buscarle un antepasado remoto que explique, de una sola vez, su aspecto y su carácter. En el caso de la Tudanca, esa tentación conduce inevitablemente al uro, el gran bovino salvaje europeo cuya estampa reconstruida —macho oscuro, poderosa cornamenta, línea dorsal más clara— posee una semejanza visual capaz de impresionar incluso a quien no conozca la historia de la domesticación. Durante décadas, distintas teorías zootécnicas intentaron ordenar las razas domésticas dentro de grandes troncos y tipos. La Tudanca fue situada, según autores y épocas, en genealogías que pretendían remontarla a formas primitivas del ganado europeo.

Hoy conviene mirar esas clasificaciones con respeto histórico y prudencia científica. Las razas ganaderas no son fósiles vivientes, y la apariencia exterior no constituye por sí sola una prueba de descendencia directa. Todo ganado doméstico europeo tiene detrás una historia de domesticación, desplazamientos, mezclas, aislamientos parciales y selección humana. La Tudanca participa de esa historia compleja. Su interés no depende de que podamos trazar una línea pura e ininterrumpida hasta un uro prehistórico. De hecho, reducirla a semejante genealogía empobrecería lo más interesante: la raza tal como ha llegado hasta nosotros es, sobre todo, una creación histórica de comunidades humanas que seleccionaron animales adaptados a un territorio concreto.

La Asociación Nacional de Criadores conserva la memoria de las distintas teorías formuladas sobre el origen racial. Algunas utilizaron la vieja idea de un tronco cántabro ligado a tipos primigenios; otras buscaron afinidades con el llamado Bos brachicerus. La genética moderna ha desplazado el problema hacia comparaciones más finas entre poblaciones bovinas, diversidad interna y relaciones entre razas ibéricas.

El resultado no es una fábula sencilla, sino algo mejor: un animal con una historia genética real, abierta a la investigación, que no necesita ser adornada con certezas que la ciencia no puede sostener.

Sin embargo, la sombra del uro posee un valor cultural que no debemos despreciar. Explica la fascinación que provoca un toro Tudanco adulto cuando se recorta en un prado. La capa oscura, la cornamenta, la viveza de la cabeza y una cierta severidad de conjunto remiten al imaginario de lo antiguo. El observador cree estar viendo algo anterior a la ganadería moderna. En cierto sentido tiene razón, aunque no por los motivos que quizá imagina. No está viendo un uro. Está viendo un animal que conserva caracteres seleccionados antes de que la productividad industrial se convirtiera en el principal criterio de mejora.

Las palabras con las que tradicionalmente se definió la raza —sobriedad, rusticidad, resistencia, agilidad— pertenecen a una economía que valoraba la capacidad de sobrevivir y trabajar en condiciones difíciles. Una vaca que necesitara alimento abundante durante todo el año habría sido una mala elección para muchas explotaciones de montaña. Un buey incapaz de sostener el esfuerzo, un animal de malos aplomos en pendientes o una madre poco adaptada al pastoreo extensivo tenían menos posibilidades de dejar descendencia. La selección era severa precisamente porque los márgenes de seguridad de la familia campesina también eran estrechos.

En esa selección hay una antigüedad más importante que la fantasía del fósil viviente. Cada generación de ganaderos heredaba un rebaño que ya era resultado de decisiones anteriores. Sobre esa base volvía a escoger. No conocían marcadores moleculares, pero conocían familias de animales. No calculaban índices genéticos, pero recordaban cuál vaca había criado bien durante años. No trazaban mapas de diversidad, pero evitaban, en la medida de su experiencia, determinadas combinaciones o buscaban sementales con fama. La raza fue acumulando decisiones.

Conviene imaginar el proceso no como la obra de un criador individual, sino como una conversación de siglos. Un valle prefería determinados animales; otro incorporaba ejemplares de fuera; una feria facilitaba intercambios; un toro dejaba muchas hijas; una mala temporada eliminaba a los menos resistentes; un cambio en las

necesidades humanas daba valor a un carácter que antes importaba menos. De esta manera, el tipo racial se iba fijando y modificando a la vez. La Tudanca de hoy se parece a la de hace un siglo, pero no es una pieza congelada. Ninguna raza viva lo es.

La pregunta sobre el origen debe terminar, por tanto, donde empieza la verdadera historia. Podemos investigar su parentesco con otras poblaciones, comparar cromosomas, estudiar restos, revisar autores antiguos y discutir denominaciones. Todo ello es necesario. Pero si queremos comprender por qué la Tudanca es Tudanca debemos mirar el paisaje que la seleccionó y las manos que decidieron su reproducción. Debemos bajar de la prehistoria a la braña, del uro al pajar, de las teorías raciales a la vida cotidiana.

Allí, entre la pendiente y el invierno, empieza su biografía más cierta.

2. El valle que le dio nombre

Tudanca no es únicamente un topónimo adherido a una raza. Es una explicación. Para comprender al animal conviene recorrer el valle despacio, evitando la costumbre moderna de atravesar los lugares como si cada curva fuese un retraso. El terreno se encarga de mostrar enseguida sus condiciones. Hay pendientes que obligan a mirar dónde se pisa, prados ajustados a la forma de la ladera, cursos de agua que organizan el espacio y alturas donde el horizonte se ensancha hacia zonas de pastoreo. La ganadería tradicional no se desarrolló aquí a pesar del relieve, sino dialogando con él.

En las economías campesinas de montaña cada franja del territorio tenía una función. Cerca de las casas se concentraban determinados prados y labores; en las laderas aparecían invernales y superficies de siega; más arriba se extendían brañas y puertos donde el ganado podía permanecer durante la buena estación. La movilidad no era un capricho pintoresco. Permitía utilizar recursos distribuidos en altura y, al mismo tiempo, reservar para el invierno la hierba que se segaba y almacenaba. El calendario ganadero era también un calendario del territorio: cada estación activaba un espacio distinto.

La Tudanca encajó en ese sistema porque su cuerpo y su comportamiento respondían a lo que se le pedía. No era una gran máquina de producción especializada. Era una vaca capaz de aprovechar pastos modestos, desplazarse por terreno difícil y mantener una vida reproductiva en condiciones que imponían economía de recursos. Esa sobriedad no debe confundirse con abandono. Las explotaciones tradicionales podían ser durísimas y el bienestar animal no se pensaba en los términos actuales, pero el ganadero sabía que descuidar de forma sistemática a la vaca era arruinar su propio capital. Había una relación de dependencia mutua.

El valle también enseñaba prudencia. Un verano abundante podía alimentar el pajar; uno húmedo o mal resuelto complicaba el invierno.

La nieve, la lluvia y la calidad de la hierba no eran asuntos de conversación meteorológica, sino factores económicos. Una vaca adaptada podía marcar la diferencia entre aprovechar un recurso y perderlo. De ahí que la raza fuera adquiriendo la reputación de resistente, ágil y poco exigente. Esas virtudes no nacieron de una descripción oficial; la descripción llegó después de generaciones de experiencia.

Las casas tradicionales explican la misma economía desde la arquitectura. La proximidad entre vivienda, cuadra y pajar permitía convertir la hierba recogida en alimento, el alimento en fuerza y cría, y el estiércol en fertilidad para los prados. Nada estaba aislado. La vaca formaba parte de un circuito material que incluía la tierra y la familia. Cuando observamos hoy una Tudanca en una exposición ganadera tendemos a verla como individuo racial; en el sistema antiguo era también una pieza de una red doméstica.

El nombre de la raza terminó desbordando el valle. Los Tudancos se difundieron por otras zonas de La Montaña y alcanzaron territorios vecinos, allí donde sus aptitudes para el trabajo y la rusticidad resultaban valiosas. El éxito de una raza local no se explica sólo por orgullo identitario. Se explica porque compradores de otros lugares encontraban en ella cualidades útiles. Los bueyes, en particular, dieron fama al ganado mucho más allá de su cuna. Con ellos el nombre de Tudanca viajó por caminos donde quizá ningún vecino del valle habría imaginado verlo convertido en categoría zootécnica.

Pero la cuna siguió proporcionando algo más que un nombre. Ofreció una imagen poderosa de correspondencia entre raza y territorio. Cuando se habla de una Tudanca «hecha para la montaña» conviene evitar cualquier determinismo ingenuo; los animales no son productos automáticos del paisaje. Fue la selección humana la que convirtió las exigencias del medio en criterios de reproducción. El territorio proponía dificultades; el ganadero elegía entre los animales que mejor respondían a ellas. Esa mediación humana es esencial.

Por eso el valle que dio nombre a la raza debe aparecer en este libro no como escenario de postal, sino como taller. Un taller sin paredes, extendido a lo largo de generaciones, donde el invierno, la pendiente, el

pasto y las decisiones campesinas fueron dando forma a un tipo de ganado. La Tudanca no salió intacta de una naturaleza salvaje. Fue criada. Y en esa palabra —criar— caben alimentación, paciencia, conocimiento, selección, afecto, cálculo económico y memoria.

Cuando una vaca avanza hoy por una ladera de Tudanca lleva sobre el lomo una historia que no vemos. El nombre nos ayuda a recordarla.

3. Tablanca: la montaña escrita

Antes de que los veterinarios fijaran estándares y de que los criadores discutieran reglamentos, la montaña occidental ya había entrado en la literatura. José María de Pereda convirtió aquel universo en materia novelística y dio a Tudanca el nombre de Tablanca en Peñas arriba. La identificación es conocida y forma parte desde hace mucho de la lectura de la obra. Sin embargo, utilizar la novela como documento exige cuidado. Pereda no levantó un acta notarial de la vida rural. Construyó una visión de la montaña, con sus preferencias, sus conflictos y su programa moral.

Precisamente por eso Tablanca resulta tan útil. Nos permite observar cómo la sociedad urbana de finales del siglo XIX podía imaginar el mundo montañés y cómo un escritor de la propia tierra quiso representarlo como reserva de valores frente a otras formas de vida. En la novela, la casa, la comunidad, la autoridad, los ritmos de la naturaleza y el aislamiento adquieren una densidad que supera el simple decorado. La montaña se convierte en argumento.

Para un libro sobre la Tudanca interesa sobre todo ese tejido cotidiano. Allí donde la vida depende de la casa, del prado, de los aprovechamientos comunales y de la capacidad de atravesar inviernos largos, el ganado no puede ser secundario. Aunque no sea siempre protagonista literario, sostiene buena parte de la economía que hace posible el mundo narrado. La vaca aparece así detrás de las escenas, como una infraestructura viva.

La tentación sería convertir Peñas arriba en una fuente de estampas. No lo haremos. No necesitamos buscar en cada página una vaca que confirme lo que ya sabemos. Nos interesa algo más profundo: Pereda dejó escrita una conciencia de pertenencia territorial. Tablanca se define por su relación con el medio y por una comunidad que se piensa a sí misma en ese paisaje. La Tudanca, como raza, participa de una lógica semejante. También es producto de la continuidad y de la adaptación,

aunque no pueda reducirse a símbolo literario.

Hay además un contraste fértil entre la Tablanca de Pereda y el Tudanca que llegó al siglo XX. La novela fija un mundo en apariencia estable; la historia posterior demuestra hasta qué punto era vulnerable. En pocas décadas cambiarían los caminos, las comunicaciones, los mercados, la mecanización y las expectativas de la población. El paisaje físico permanecería reconocible, pero la organización social que Pereda había presentado como sólida sufriría transformaciones profundas. La Tudanca atravesaría todas ellas.

Por eso conviene leer la novela desde el futuro. Cuando Pereda describía una sociedad rural articulada alrededor de la tierra, nadie podía prever con exactitud la desaparición de los carros de bueyes, la expansión del tractor, el abandono de muchas casas o la conversión de una raza de trabajo en raza fundamentalmente cárnica y patrimonial. Tablanca no es sólo la imagen de un mundo antiguo; es también el punto de comparación que permite medir la velocidad del cambio.

La literatura añade otra capa a la conservación. Un paisaje puede mantenerse físicamente y, sin embargo, perder las palabras que lo explicaban. Un animal puede sobrevivir y perder las prácticas que le daban sentido. Al leer a Pereda no recuperamos intacta la vida del siglo XIX, pero sí encontramos un vocabulario de relaciones: casa, comunidad, puerto, camino, distancia, obligación, estación. Ese vocabulario ayuda a comprender por qué una raza local tuvo el valor que tuvo.

Décadas más tarde, José María de Cossío viviría en la Casona de Tudanca y convertiría el lugar en un punto de encuentro de la cultura española. Entre Pereda y Cossío se tiende un puente inesperado. El primero hizo de la montaña literatura. El segundo guardó literatura en la montaña. Y alrededor de ambos continuaron pastando vacas que no sabían nada de libros, pero cuya existencia daba al paisaje una continuidad que ningún escritor habría podido inventar.

Tudanca es uno de esos lugares donde la realidad parece haber sido escrita dos veces: una por la historia y otra por la literatura. La raza comparte esa doble inscripción. Tiene un pedigrí en los registros y otro, más difuso, en la memoria cultural de La Montaña.

4. La Casona y las vacas de Cossío

Entrar en la Casona de Tudanca obliga a cambiar de escala. Fuera está el valle, amplio y húmedo, con sus pendientes y sus prados. Dentro aparecen libros, muebles, cuadros, cartas, manuscritos y recuerdos acumulados por una familia y, de manera muy particular, por José María de Cossío. La casa no tiene el aire neutro de un museo construido desde cero. Su interés reside precisamente en haber sido vivida, leída y llenada. Las colecciones conservan la huella de una personalidad capaz de reunir un patrimonio literario de enorme importancia sin desprenderse del lugar del que procedía.

Cossío es conocido por trabajos que lo sitúan en el centro de la vida intelectual española del siglo XX: literatura, poesía, estudios taurinos, relaciones con escritores. La Casona conserva correspondencia y materiales vinculados a autores de primer orden. Pero para este libro importa tanto la biblioteca como la ventana. Fuera de la casa estaba el mundo ganadero que había estructurado la economía del valle. Cossío podía pasar de un manuscrito a la contemplación de las vacas sin sentir que abandonaba la cultura.

Esa continuidad explica la singular importancia de su interés por la Tudanca. El texto que acabaría publicándose como La vaca tudanca y su pastoreo no es una extravagancia en la obra de un hombre de letras; es la consecuencia de una mirada que entendía el valor cultural de lo cercano. Las cuatro cualidades tantas veces asociadas a su descripción del animal —agilidad, fuerza, sobriedad y resistencia— parecen sencillas, pero condensan un sistema entero de selección. Ninguna está puesta al servicio del espectáculo. Todas responden a la vida útil del ganado en la montaña.

Imaginar a Cossío mirando una vaca desde la Casona no exige fabricar una escena apócrifa. Basta reconocer que el paisaje ganadero formaba parte de su entorno inmediato y de su memoria. Su mérito está en haber considerado digno de escritura aquello que otros intelectuales habrían

dejado en el fondo de la fotografía. Al hacerlo, contribuyó a elevar la Tudanca desde la familiaridad hacia la conciencia patrimonial sin arrancarla de su contexto.

La historia posterior de la casa refuerza la metáfora. En 1975 Cossío acordó con la Diputación Provincial de Santander la cesión de la Casona, las fincas anexas y su contenido a cambio de una pensión vitalicia. Tras su muerte en 1977, el conjunto pasó a la institución provincial y comenzó su transformación en museo-biblioteca, abierto posteriormente al público. Fue un gesto de conservación deliberada: aquello que había reunido una vida no debía dispersarse.

Con una raza ganadera ocurre algo parecido y, al mismo tiempo, radicalmente distinto. Los manuscritos pueden catalogarse, protegerse de la humedad, restaurarse y permanecer en una estantería durante décadas. Una raza no. Para conservarla hay que reproducirla. Cada generación debe dar paso a otra. La conservación es dinámica y costosa: requiere ganaderos, alimento, territorio, sanidad, selección, mercado y voluntad. No basta una vitrina.

Cossío nos ofrece así el gran símbolo del libro. Dentro de su casa se conserva una memoria escrita; fuera, en los prados y puertos, debe conservarse una memoria viva. Ambas son frágiles, pero de formas diferentes. Una carta puede perderse por descuido. Una línea genética puede desaparecer porque durante varios años nadie críe suficientes descendientes. Un libro puede reeditarse. Un animal extinguido no.

La Casona permite además corregir una falsa oposición entre alta cultura y cultura campesina. La biblioteca no convierte al puerto en algo menor, ni el campano resta valor al manuscrito. Son formas distintas de memoria. En una sociedad completa ambas deberían reconocerse. La historia de la Tudanca es también la historia de ese reconocimiento tardío.

Cuando el visitante sale de la casa y vuelve a mirar el valle, quizá entienda mejor el sentido del homenaje. No se trata de convertir una vaca en monumento ni de atribuirle una carga simbólica que los ganaderos nunca necesitaron formular. Se trata de aceptar que el patrimonio de un territorio incluye aquello que sus habitantes criaron, utilizaron y transmitieron. Cossío, rodeado de libros, lo supo ver.

PARTE II — EL AÑO DE LAS VACAS

5. Cuando el invierno cerraba el valle

El invierno reducía el mundo. Los caminos se hacían más difíciles, las horas de luz disminuían y el ganado abandonaba progresivamente los espacios altos para acercarse a las casas y a los recursos almacenados. Durante meses, la economía del establo dependía de una operación realizada mucho antes: haber guardado suficiente hierba. El pajar era, en ese sentido, una reserva de verano. Cada brazada de heno contenía días de siega, volteo, transporte y vigilancia del tiempo.

En la cuadra la Tudanca mostraba otra de las razones de su prestigio tradicional: la sobriedad. No significa que pudiera vivir sin alimento adecuado, sino que se había seleccionado una población capaz de mantener funciones vitales y reproductivas con recursos relativamente modestos dentro de sistemas extensivos. En explotaciones donde no existían piensos abundantes ni compras fáciles, esa cualidad tenía un valor enorme. La rusticidad era una forma de economía.

El establo estaba integrado en la casa y en el ciclo agrario. El animal consumía heno; producía estiércol; el estiércol volvía al prado; el prado produciría nueva hierba. La separación moderna entre ganadería, vivienda y fertilización era mucho menos nítida. El olor de la cuadra, la temperatura que generaban los animales y el trabajo de limpiar formaban parte de la vida doméstica. Las vacas estaban abajo o muy cerca; la familia, arriba. No era una relación sentimental en el sentido contemporáneo, sino una convivencia económica y física.

En invierno se veían también los límites de cada casa. Una explotación podía mantener sólo el ganado que fuese capaz de alimentar hasta la primavera. Tener demasiadas reses sin heno suficiente era tan peligroso como tener pocas y perder capacidad de trabajo o cría. La dimensión del rebaño estaba ligada a la superficie, a los derechos de pasto, a la mano de obra familiar y a la prudencia. El crecimiento no era una virtud en sí misma.

Los partos añadían incertidumbre. La vaca próxima a parir requería

vigilancia, sobre todo en noches frías. El conocimiento se transmitía dentro de la familia: reconocer señales, preparar un espacio, saber cuándo intervenir y cuándo dejar hacer. La intervención veterinaria, allí donde era posible, no tenía la disponibilidad actual. La experiencia acumulada en la casa era decisiva. Una buena madre que paría con regularidad y criaba sin complicaciones adquiría un valor que podía reflejarse en la decisión de conservar a sus hijas.

El invierno servía también para apreciar el carácter. En la cuadra, donde la convivencia era más estrecha, el ganadero conocía las manías de cada res. Había animales tranquilos y otros más vivos; vacas que aceptaban mejor el manejo y otras que exigían cautela. La selección por temperamento nunca aparece tan claramente en los documentos como la selección morfológica, pero el trato diario convierte el carácter en una cualidad práctica. Un animal peligroso podía complicar enormemente la vida de una casa.

Mientras fuera llovía o nevaba, el calendario futuro ya estaba presente. Había que pensar en la primavera, en los primeros pastos, en la subida posterior y en la hierba del próximo año. La ganadería tradicional vivía anticipando estaciones. El invierno no era una pausa, sino el momento en que se consumía el trabajo almacenado y se preparaba la siguiente vuelta del ciclo.

Por eso la imagen romántica de una Tudanca libre todo el año en la montaña resulta incompleta. Su historia se hizo tanto en el puerto como en la cuadra. La rusticidad que admiramos en verano debía sostenerse con el cuidado paciente de los meses fríos. El animal era de montaña, pero también de casa.

6. Hacer hierba

Pocas expresiones contienen tanta economía doméstica como «hacer la hierba». No se decía simplemente cortar. Había que hacerla porque la hierba útil para el invierno no existía hasta completar una cadena de trabajos y decisiones. Primero estaba el prado, que debía llegar a la siega en condiciones adecuadas. Después venía el filo de la guadaña, la extensión de la hierba cortada, el volteo, la espera de unas horas de sol, la amenaza de una nube, la recogida y el transporte. Un verano podía juzgarse por la calidad con la que el heno entraba en el pajar.

La siega reunía fuerza, habilidad y meteorología. Quien no haya manejado una guadaña puede imaginarla como una herramienta elemental. No lo es. Exige ritmo, postura y conocimiento del terreno. En laderas irregulares, el trabajo se adapta a la pendiente y a los obstáculos. Cada pasada deja una franja de hierba tendida que después deberá secarse. La mecanización transformó profundamente estas labores, pero durante siglos la reserva invernal dependió del cuerpo humano y, en muchos casos, de la ayuda de animales de tiro para el transporte.

Aquí vuelve a aparecer la Tudanca no sólo como consumidora del heno, sino como participante en su producción. Los bueyes tiraban de carros cargados, y el trabajo del verano cerraba un círculo: la fuerza de los animales contribuía a reunir el alimento que los mantendría durante el invierno. En explotaciones pequeñas, cada recurso se utilizaba varias veces y cada tarea estaba vinculada a las demás.

El heno explica también por qué los pastos de altura eran tan importantes. Si el ganado permanecía durante la buena estación en puertos y brañas, los prados bajos podían reservarse en mayor medida para la siega. Mover animales hacia arriba no era únicamente buscar comida disponible; era liberar superficies estratégicas para fabricar la reserva del invierno. La movilidad ganadera tenía una lógica de ahorro territorial.

Cuando las condiciones meteorológicas se torcían, todo el sistema se

tensaba. La lluvia podía retrasar la siega o estropear hierba ya cortada. El heno mal curado podía calentarse, perder calidad o provocar problemas de conservación. No había aplicaciones que anunciaran una ventana exacta de buen tiempo; había observación, experiencia y conversaciones. El cielo era una herramienta más del trabajo.

La familia participaba. Hombres, mujeres y jóvenes asumían tareas según edad, fuerza y organización de cada casa. Las memorias rurales están llenas de jornadas largas en las que la frontera entre trabajo y vida doméstica desaparecía. No conviene idealizarlas. La belleza actual de un prado segado puede ocultar la dureza física de producir alimento suficiente para varios meses.

Ese esfuerzo permite comprender por qué la sobriedad de la Tudanca era tan valorada. Una vaca que transformara con eficacia recursos relativamente modestos reducía la presión sobre la casa. El criterio de selección no era una cifra abstracta de consumo; era la cantidad de hierba que había costado segar. Cada kilo de alimento tenía detrás manos y horas.

Hay una lección histórica en ese pajar lleno. La ganadería tradicional funcionaba con márgenes estrechos y poca capacidad para externalizar problemas. El alimento se producía cerca, el estiércol volvía cerca y la energía animal procedía de lo que la propia tierra ofrecía. No era un sistema perfecto ni necesariamente sostenible en todos sus efectos, pero poseía una circularidad material que hoy vuelve a interesar por razones diferentes.

Al final del verano, cuando el pajar estaba bien cargado, la casa respiraba de otro modo. La hierba seca tenía un sonido y un olor que anunciaban seguridad. No era abundancia en el sentido moderno; era previsión. En febrero, cuando las vacas comieran bajo techo, cada bocado recordaría una tarde de julio.

7. Nacer colorada

Una de las sorpresas de la Tudanca está en el nacimiento. Quien conoce únicamente la imagen de la vaca adulta —oscura, grisácea, avellana o casi negra según sexo, capa y edad— puede no reconocer de inmediato al ternero recién nacido. Los becerros llegan al mundo con tonalidades rojizas que después evolucionarán. El cambio de capa convierte el crecimiento en una transformación visible y ofrece una de las mejores puertas para explicar la morfología racial sin convertir el capítulo en un catálogo anatómico.

El parto era, y sigue siendo, un momento decisivo. En un sistema donde cada hembra representa años de cría y selección, perder una vaca o un ternero tiene consecuencias que van más allá del valor inmediato. El ganadero observa la proximidad del alumbramiento, el comportamiento de la madre y la evolución posterior. La reputación de rusticidad no elimina la necesidad de vigilancia. Al contrario, el buen manejo consiste muchas veces en intervenir sólo cuando es necesario.

Durante las primeras horas se establece el vínculo que organizará buena parte de la vida del jato. La madre lame, reconoce, protege y permite mamar. El calostro es esencial. Después, en los sistemas extensivos, madre y cría permanecerán juntos durante meses. El ternero aprenderá el movimiento del rebaño siguiendo cuerpos mayores, y la vaca adaptará su conducta a la presencia de la cría.

La selección tradicional miraba mucho a las madres. Una vaca capaz de parir con regularidad, producir un ternero viable y criarlo bien merecía confianza. Si además tenía buenos aplomos, se defendía en el puerto y mantenía condición con recursos modestos, sus hijas podían convertirse en candidatas naturales a permanecer en la explotación. Antes de que existieran índices de mérito, el ganadero construía una estadística mental basada en años.

La morfología de la raza se comprende mejor al acompañar ese crecimiento. El dimorfismo sexual acabará siendo muy acusado. El

macho adulto desarrollará una presencia mucho más oscura y poderosa; las hembras conservarán una variedad de capas que la terminología tradicional distingue con nombres propios. La cornamenta se transformará con la edad y terminará aportando uno de los rasgos más reconocibles de la raza.

El estándar oficial describe con precisión perfiles, capas, particularidades de pigmentación y disposición de los cuernos. Esa precisión es necesaria para el libro genealógico y para la conservación de un tipo racial. Pero detrás de cada término técnico existe una práctica visual mucho más antigua. Los ganaderos aprendieron a mirar cabeza, línea dorsal, extremidades y movimiento sin necesidad de una ficha impresa. El estándar moderno ordena y hace comunicable un conocimiento que en parte ya existía como experiencia.

El ternero rojizo permite además hablar de algo esencial: una raza no es una fotografía fija. Cambia con la edad, el sexo y las estaciones. El pelo de invierno no es el mismo que el de verano; el cuerpo de una vaca recién parida no es el de una novilla; un semental maduro expresa caracteres que apenas se intuían en su juventud. Juzgar animales requiere saber en qué momento se los está viendo.

Para una familia antigua, el nacimiento contenía una apuesta. Nadie podía asegurar que aquel jato llegaría a ser buen buey, buena vaca o futuro semental. Habría que observarlo. La selección empezaba con la paciencia. En ese sentido, cada ternero era una hipótesis sobre el futuro de la raza.

Hoy, cuando una explotación registra un nacimiento, anota filiaciones y trabaja dentro de un programa de cría, la tecnología ha cambiado el modo de guardar información. La escena básica, sin embargo, sigue siendo reconocible: una madre que acaba de parir, un ternero que intenta levantarse y un ganadero mirando. Toda la sofisticación genética del presente empieza ahí.

8. La muda

La subida del ganado hacia los puertos resume de manera visible toda la lógica de la ganadería extensiva de montaña. En primavera avanzada y comienzos del verano, cuando las condiciones lo permiten, los animales dejan los espacios más bajos y avanzan hacia zonas de pasto estacional. El movimiento recibe nombres y formas distintas según lugares y épocas; en el ámbito de Sejos, la memoria de la muda conserva una fuerza especial.

No era una excursión colectiva, aunque hoy pueda contemplarse con emoción festiva. La subida respondía a una necesidad económica. Al llevar el ganado a pastos altos se aprovechaban recursos que de otro modo quedarían infrautilizados y se liberaban prados de siega en cotas inferiores. El territorio funcionaba por pisos. La hierba que no comían las vacas abajo podía convertirse en heno. La que crecía arriba durante la buena estación podía ser transformada directamente por el ganado.

Mover una cabaña exige organización. Hay animales que caminan con experiencia y otros jóvenes que deben aprender. Las vacas viejas conocen recorridos, querencias y puntos de agua. El ganadero vigila cruces, zonas estrechas y posibles separaciones. El campano ayuda a situar el rebaño, pero también existen voces, gestos y una lectura del comportamiento que no puede improvisarse.

Los sistemas tradicionales incluyeron fórmulas de vigilancia colectiva, pastores especializados, turnos vecinales y figuras locales vinculadas al manejo de los rebaños. El detalle varía según valles y momentos históricos, y el libro debe respetar esas diferencias. Lo importante es comprender que el pastoreo comunal no significa ausencia de reglas. Al contrario, exige acuerdos sobre fechas, espacios, derechos, cargas ganaderas y responsabilidades.

La Mancomunidad Campoo-Cabuérniga ofrece un ejemplo extraordinario de larga duración. Sus aprovechamientos comunales poseen documentación histórica que remite a acuerdos de finales del

siglo XV, y el uso de los pastos de Sejos se convirtió en una institución capaz de sobrevivir a cambios políticos, económicos y administrativos muy profundos. Una vaca que sube hoy participa, aunque en condiciones modernas, de una geografía ganadera que tiene siglos.

La Tudanca se adaptó particularmente bien a este régimen. Su agilidad sobre terreno quebrado y su capacidad para aprovechar pastos de montaña ayudaron a consolidar una reputación que los criadores defenderían incluso cuando otras funciones productivas comenzaran a pesar más. La libertad relativa del puerto no significa ausencia de selección: sólo los animales capaces de desenvolverse bien en ese sistema justificaban su continuidad.

La subida es también una separación temporal entre la casa y parte del ganado. Durante el invierno la vaca está cerca, se la ve todos los días, se controla su comida. En el puerto la relación cambia. El ganadero visita, busca, cuenta, observa desde otra distancia. Tiene que confiar más en el comportamiento del rebaño y en el conocimiento que los animales poseen del terreno.

Cuando la muda se convierte hoy en celebración pública existe el riesgo de mirar sólo su belleza. Es comprensible. Una larga hilera de Tudancas avanzando por el camino ofrece una imagen difícil de olvidar. Pero el homenaje verdadero consiste en recordar por qué caminaban. Cada paso libera un prado abajo, aprovecha una hierba arriba y enlaza dos estaciones del calendario doméstico.

La fiesta tiene sentido porque antes hubo necesidad.

9. Sejos

Sejos no debe describirse deprisa. Hay lugares cuya importancia se pierde cuando se reducen a una panorámica. Los puertos son, a primera vista, amplitud: pastizales, relieves, manchas de arbolado, agua, cielo. Pero el paisaje actual contiene capas de utilización humana que no se perciben desde un mirador. Durante siglos, ganado y pastoreo influyeron sobre la vegetación, los límites forestales, los caminos y la propia manera de nombrar el territorio.

Los estudios sobre la Mancomunidad Campoo-Cabuérniga muestran que los aprovechamientos de estos montes han cambiado a lo largo del tiempo, pero mantienen una continuidad histórica excepcional. Los acuerdos comunales regulaban el acceso a recursos que ninguna casa podía reproducir por sí sola. El puerto era una riqueza compartida y, por esa razón, una fuente potencial de conflictos que sólo podía sostenerse mediante normas.

En Sejos la Tudanca parece alcanzar su escenario natural, pero la frase debe entenderse bien. No existe un paisaje «natural» completamente separado de la historia ganadera. La presencia prolongada de herbívoros domésticos modifica la estructura de la vegetación, mantiene superficies abiertas y condiciona la regeneración de ciertas especies. Los cambios en la presión ganadera pueden, a su vez, alterar el equilibrio entre pastizal, matorral y bosque. La montaña que admiramos es también consecuencia de usos.

La raza participa en ese paisaje por su forma de pastar y desplazarse. Una vaca capaz de aprovechar recursos dispersos recorre espacio, abre sendas y redistribuye nutrientes. El efecto de la ganadería extensiva depende de cargas, épocas y manejo; no conviene convertir a la Tudanca en una heroína ecológica automática. El sobrepastoreo puede degradar y el abandono completo también transforma. La cuestión es la gestión.

Para el ganadero, Sejos no es una abstracción ambiental. Es comida. Agua. Distancia. Riesgo. Libertad de movimiento. También memoria.

Muchas familias pueden reconstruir años enteros a partir de lo sucedido en el puerto: un animal perdido, un parto, una tormenta, una vaca que apareció varios días después, una temporada especialmente buena. El territorio queda archivado en anécdotas.

Esa memoria animal es difícil de documentar si no se recoge ahora. Las generaciones que conocieron formas antiguas de pastoreo van desapareciendo. Sus testimonios permiten entender nombres de parajes, rutas, costumbres y pequeños procedimientos que rara vez llegaron a los documentos oficiales. Un libro homenaje debe tratar esas voces con la misma seriedad que un censo.

Sejos ofrece también una oportunidad para observar el comportamiento de la raza lejos de la feria. Allí la belleza morfológica pierde protagonismo frente a la funcionalidad. Los animales caminan, buscan, se agrupan, se separan, crían. La cornamenta deja de ser un rasgo de concurso y vuelve a formar parte de un cuerpo en movimiento.

Quizá por eso el mejor retrato de la Tudanca no sea el que la coloca perfectamente de perfil, sino el que la muestra alejándose por el puerto. En esa imagen no sabemos cuánto mide ni qué puntuación obtendría. Sabemos algo más elemental: que encaja.

Durante siglos, esa capacidad de encajar fue suficiente para justificar su existencia.

10. La vuelta

El verano en el puerto no es eterno. A medida que la estación avanza y el tiempo comienza a cambiar, llega el momento de descender. La bajada tiene un tono distinto a la subida. En primavera todo era promesa de pasto; en otoño aparece el balance. Las vacas regresan con los terneros crecidos, se evalúa el estado corporal, se decide qué animales continuarán, cuáles pueden venderse y cómo afrontar el invierno.

El camino de vuelta también reúne memoria. Las vacas adultas conocen pasos y direcciones, pero el rebaño no es exactamente el mismo que subió. Los jatos han aprendido a moverse. Alguna ausencia pesa. Puede haber animales incorporados o separados. Cada temporada modifica la composición de la cabaña.

En los pueblos, la llegada del ganado devuelve a la cuadra una centralidad que había perdido durante los meses altos. Hay que preparar alimento, revisar espacios y organizar la fase de estabulación o semiestabulación según la explotación. La vida vuelve a cerrarse alrededor de la casa.

Tradicionalmente el otoño era también tiempo de ferias y decisiones económicas. Vender un animal no equivalía sólo a obtener dinero; podía ser la forma de ajustar el número de bocas a la reserva de heno disponible. La explotación debía entrar en invierno con un equilibrio razonable entre ganado y alimento. La belleza de conservar muchas reses carecía de sentido si no podían mantenerse.

Las ferias permitían comparar. En un tiempo anterior a catálogos digitales y bases de datos, ver animales de otros criadores era una forma esencial de aprendizaje. El ganadero observaba tipos, capas, tamaños, cornamentas, condición y comportamiento. Escuchaba precios, reputaciones y genealogías orales. La selección racial se construía también en esos encuentros.

La vuelta ofrece además la imagen que hoy se recrea en algunas celebraciones ganaderas: el ganado atravesando pueblos y calles, guiado

por quienes lo conocen. La llamada pasá posee una enorme fuerza visual precisamente porque concentra en minutos una práctica que antes formaba parte del calendario productivo. El público contemporáneo ve patrimonio donde los antiguos veían trabajo.

Esa transformación de la mirada es uno de los temas centrales de este libro. Muchas prácticas rurales se vuelven visibles como cultura justo cuando dejan de ser imprescindibles. El riesgo es conservar sólo la representación y perder la función. Una pasá sin ganadería real sería teatro; una feria sin criadores sería decoración. La autenticidad no depende de que todo siga exactamente como hace cien años, sino de que exista todavía una actividad viva detrás del rito.

La Tudanca baja del puerto y entra en el invierno. El ciclo anual se cierra para volver a comenzar. En esa repetición se construyó la raza. No mediante un acontecimiento fundacional, sino mediante miles de inviernos, partos, subidas y regresos.

La historia profunda rara vez hace ruido.

PARTE III — ANTES DEL MOTOR

11. El buey

Para entender la antigua importancia de la Tudanca hay que mirar al macho castrado de trabajo. El buey ocupó durante siglos un lugar económico que hoy cuesta imaginar porque hemos separado fuerza y animal. Antes de los motores, mover una carga pesada significaba disponer de energía humana, hidráulica, eólica o animal. En los caminos, en la explotación agraria y en numerosos transportes, la pareja de bueyes era una máquina viva que exigía años de crianza antes de alcanzar su pleno valor.

No todos los machos servían. La elección comenzaba pronto y tenía en cuenta conformación, aplomos, desarrollo, temperamento y ascendencia. La castración modificaba el crecimiento y el comportamiento, facilitando el manejo y favoreciendo un tipo de animal adecuado para esfuerzos prolongados. Después venía el aprendizaje. Un buey no nacía sabiendo trabajar bajo el yugo.

La Tudanca adquirió fama precisamente por sus aptitudes de tiro. Rusticidad, resistencia y viveza se convertían en cualidades prácticas cuando había que mover un carro por caminos difíciles. Un animal excesivamente pesado podía ser menos conveniente en determinadas pendientes; uno ágil y duro podía sostener jornadas largas. La selección racial se orientó durante mucho tiempo hacia esa función.

El valor de una buena pareja iba más allá del precio de compra. Representaba años de alimento, entrenamiento y conocimiento. Perder un buey podía alterar la capacidad de trabajo de una casa. Vender una pareja bien formada, en cambio, podía proporcionar un ingreso importante. De ahí que determinadas zonas exteriores a la cuna de la raza demandaran Tudancos para trabajo y transporte.

El buey obliga también a revisar nuestra imagen de la ganadería. Hoy pensamos en vacuno y enseguida aparecen leche o carne. Durante buena parte de la historia, la energía fue una producción esencial. El animal convertía hierba en tracción. Esa transformación no figura en una

etiqueta alimentaria, pero sostuvo caminos, cosechas y transportes.

Trabajar con bueyes requería una relación distinta de la que existe con una máquina. El carretero debía leer cansancio, miedo y disposición. Las órdenes de voz, la colocación bajo el yugo y el ritmo dependían de una confianza construida. La brutalidad existió, como en cualquier sistema de trabajo animal histórico, pero la eficacia cotidiana premiaba a quien conocía sus reses. Un animal asustado o mal tratado podía convertirse en un problema serio.

La pareja daba además una estética al movimiento. Dos cuerpos coordinados, el yugo uniendo cabezas, la carga detrás. Esa imagen se ha vuelto folclórica porque ya no es necesaria. En su momento era tecnología. El carro no representaba tradición: representaba transporte.

Por eso el gran cambio del siglo XX no fue simplemente sustituir una especie por otra. Fue reemplazar energía biológica por energía fósil y mecánica. La Tudanca perdió en pocas décadas una de las funciones que más habían influido en su selección. El buey dejó de ser un producto central.

Cuando hoy vemos un toro o una vaca Tudanca en una feria cuesta recuperar ese pasado. Hay que mirar fotografías antiguas de parejas uncidas y recordar que buena parte de la musculatura, los aplomos y el temperamento apreciados por los criadores se juzgaban pensando en un camino. La raza fue, durante siglos, una raza que caminaba trabajando.

12. Hacer una pareja

Una pareja de bueyes no consistía únicamente en poner dos animales bajo el mismo yugo. Había que hacerla. La expresión encierra una artesanía del comportamiento que no suele aparecer en las historias de la tecnología. Los animales debían tener compatibilidad de tamaño, fuerza, paso y temperamento. Una desigualdad excesiva convertía el trabajo en incomodidad y desgaste. La buena pareja avanzaba como una unidad.

El aprendizaje comenzaba con trabajos ligeros. Había que acostumbrar al animal a la proximidad del compañero, al contacto del yugo, a las órdenes y a la presencia del carro o del apero detrás. El miedo podía provocar tirones peligrosos; la impaciencia del hombre, empeorarlos. El proceso exigía repetición.

Cada casa desarrollaba palabras y sonidos de mando, algunos compartidos regionalmente y otros más personales. El lenguaje entre carretero y bueyes era breve porque debía ser funcional. No necesitaba frases largas: una voz, un nombre, una inflexión. El animal aprendía a asociar sonidos con movimientos. La dirección se construía tanto con la palabra como con la posición del hombre y la tensión de los aparejos.

El yugo es una pieza de madera, pero su importancia merece detenerse. Debía ajustarse correctamente para transmitir la fuerza sin provocar lesiones innecesarias. Las coyundas o sistemas de sujeción completaban el conjunto. Cada elemento tenía una forma aprendida durante generaciones. La cultura material de la ganadería no era decorativa; era ingeniería empírica.

En una pendiente descendente, el problema no era sólo tirar. Había que controlar la carga. En una subida, distribuir el esfuerzo. En terreno embarrado, prever deslizamientos. Los caminos antiguos obligaban a una lectura continua. El carretero sabía dónde convenía detenerse, dónde no debía permitir que los animales perdieran ritmo y cómo aprovechar descansos.

Una pareja bien hecha adquiría reputación. Quienes compraban

bueyes preguntaban procedencia y comportamiento. El animal tenía biografía económica. El buen funcionamiento aumentaba su valor y, con él, el prestigio del criador que había sabido seleccionarlo y enseñarlo.

La Tudanca encontró en este mercado una de sus principales vías de expansión. Su fama como animal de tiro no nació de una campaña de promoción, sino de la experiencia de compradores. Si una pareja respondía bien, el nombre de la raza viajaba con ella. Así se construyen muchas reputaciones ganaderas: de boca en boca, de feria en feria.

Hay algo profundamente humano en esta tecnología desaparecida. El motor moderno es más potente y eficiente, pero no necesita aprender a confiar en su conductor. La pareja de bueyes sí. Esa diferencia no convierte el pasado en superior; lo hace distinto. El trabajo estaba mediado por seres vivos, y eso imponía límites, ritmos y conocimientos específicos.

Cuando dejaron de hacerse parejas, no desaparecieron únicamente animales de trabajo. Desapareció un oficio. Las palabras, gestos y criterios de quienes sabían formar bueyes perdieron utilidad y comenzaron a convertirse en memoria. Recuperarlos ahora exige escuchar a los últimos testigos antes de que el conocimiento quede reducido a fotografías.

13. Camino de Santander

La historia de los bueyes Tudancos se entiende mejor cuando abandonan el prado. Las fuentes de la propia asociación de criadores recuerdan su participación en la carretería y en el transporte de mercancías hacia Santander. El dato abre un paisaje de caminos que hoy resulta difícil reconstruir porque las carreteras modernas han borrado, rectificado o relegado muchos trazados antiguos.

Imaginemos la lógica de una jornada sin inventar un viaje concreto. La salida debía hacerse con la carga asegurada, los animales revisados y la distancia calculada de acuerdo con un ritmo lento. El objetivo no era alcanzar una velocidad máxima, sino sostener el movimiento durante horas sin agotar la pareja. Los descansos, el agua y la alimentación formaban parte del transporte tanto como las ruedas.

Los productos que circulaban entre interior y costa variaron según época y ruta: madera, productos agrarios, materiales y mercancías de toda clase. El puerto de Santander actuaba como gran polo de atracción. Una red de caminos conectaba valles, meseta y litoral mucho antes de que el camión acelerara esos flujos.

La Tudanca participó en esa economía porque podía trabajar en recorridos exigentes. Su tamaño relativamente contenido, agilidad y resistencia eran útiles en una geografía donde las pendientes y el estado del firme condicionaban el transporte. El buey no competía en rapidez; competía en fiabilidad.

El carretero conocía puntos de agua, ventas, lugares de parada y dificultades. El viaje era una secuencia de decisiones. En invierno, barro y frío; en verano, calor y necesidad de agua. La carga determinaba el esfuerzo. La ruta podía atravesar pueblos donde el paso de carros era parte habitual del paisaje sonoro.

No debemos imaginar todos los caminos llenos constantemente de Tudancos. La carretería era diversa y utilizaba distintas razas y animales según zonas. Lo importante es que los bueyes de esta raza alcanzaron

suficiente fama como para ser demandados fuera de su núcleo, y que esa demanda influyó en la selección. El mercado exterior premiaba el tipo funcional.

La llegada a Santander representaba el encuentro entre dos mundos. El animal criado en montaña entraba en una ciudad portuaria sometida a ritmos comerciales cada vez más intensos. Durante un tiempo ambos sistemas coexistieron: barcos y carros, comercio internacional y tracción bovina. Esa convivencia desapareció tan deprisa que hoy parece anacrónica, pero fue perfectamente normal.

La expansión del ferrocarril y, después, del transporte motorizado fue reduciendo el espacio económico de la carretería. El cambio no ocurrió en un día. Durante años convivieron viejas y nuevas tecnologías. Un camión podía pasar junto a un carro y convertir de pronto la lentitud tradicional en una evidencia. Cada mejora de caminos y motores estrechaba el futuro del buey.

Cuando reconstruyamos documentalmente estas rutas para una edición ilustrada del libro, habrá que buscar libros de cuentas, fotografías, testimonios y referencias comerciales. El objetivo no será inventar nostalgia, sino devolver movimiento a una función olvidada. La Tudanca no fue sólo una vaca que miraba desde la montaña. También bajó de ella cargando el mundo.

14. Torrelavega, 9 de febrero de 1947

La fecha merece escribirse completa: 9 de febrero de 1947. En Torrelavega se celebró el Primer Congreso de Criadores de Ganado Tudanco bajo el marco institucional del Sindicato Nacional de Ganadería. La España de posguerra vivía años de escasez, intervención económica y dificultades de abastecimiento. En ese contexto, discutir sobre una raza bovina no era un asunto pintoresco. Era hablar de trabajo, producción y recursos.

Las conclusiones del Congreso resultan extraordinarias porque retratan una Tudanca en plena transición y, al mismo tiempo, todavía profundamente vinculada a su función histórica. Los criadores defendían la rusticidad y adaptación de la raza a los montes y pastos comunales de la provincia de Santander. Consideraban que esas cualidades hacían difícil sustituirla ventajosamente en determinadas zonas. No hablaban de patrimonio genético en el sentido actual. Hablaban de utilidad.

La mejora propuesta debía conservar rusticidad, nervio, vigor, dureza y finura, pero corregir defectos de conformación. Y la finalidad funcional aparecía expresamente: conseguir una constitución adecuada para el trabajo de arrastre. Es difícil encontrar una fotografía documental más clara del momento. En 1947 la institución ganadera todavía imaginaba el futuro de la Tudanca con bueyes trabajando.

El Congreso también abordó selección de sementales, alimentación, organización de criadores y necesidad de registros. Es decir, comenzó a formalizar con instrumentos técnicos una selección que durante generaciones había sido principalmente campesina. El ojo del ganadero debía convivir en adelante con estándares, libros y supervisión veterinaria.

La paradoja se percibe sólo desde el futuro. Mientras los asistentes discutían cómo mejorar el animal de arrastre, la mecanización que terminaría desplazándolo se aproximaba. No era todavía universal, pero el rumbo tecnológico estaba marcado. En pocas décadas el tractor y el

camión reducirían drásticamente el valor de la fuerza bovina.

Las cifras censales asociadas a 1947 no son totalmente coincidentes según las fuentes. La Asociación Nacional ha difundido la referencia a unas ochenta mil cabezas, mientras que trabajos académicos basados en estudios históricos ofrecen 61.785. El libro no debe fingir que la discrepancia no existe. Los sistemas censales, los ámbitos territoriales y los criterios de clasificación pueden explicar diferencias que sólo una revisión de documentación original permitiría resolver por completo. Lo importante es que hablamos de una población muy superior a la que existiría treinta años después.

Torrelavega era un lugar lógico para el encuentro. La ciudad y su mercado ganadero se habían convertido en un centro decisivo para la economía pecuaria de La Montaña. Allí se cruzaban animales, tratantes, veterinarios y productores. El Congreso no fue una reunión aislada, sino parte de una creciente institucionalización de la ganadería.

Si este libro tuviera una escena cinematográfica, aquí aparecería un salón con hombres hablando del porvenir sin saber que el porvenir iba a alterar la pregunta. Ellos querían mejorar una raza para que siguiera haciendo bien el trabajo que conocían. La generación siguiente tendría que preguntarse cómo conservarla cuando ese trabajo dejara de existir.

1947 es, por eso, la gran bisagra de nuestra historia. Antes está la Tudanca necesaria. Después comenzará la Tudanca amenazada.

PARTE IV — CUANDO DEJARON DE SONAR LOS CARROS

15. El tractor

El tractor no llegó a los pueblos como un símbolo de pérdida. Llegó como una promesa. Reducía jornadas agotadoras, multiplicaba la fuerza disponible y permitía realizar trabajos con una rapidez imposible para una pareja de bueyes. Quienes habían pasado su vida detrás de animales de tiro podían verlo con admiración, deseo o cautela, pero era difícil negar su eficacia.

Conviene recordarlo para no construir una historia moral simplista. La mecanización mejoró condiciones de trabajo y transformó la productividad agraria. La desaparición de los bueyes fue una consecuencia de ese progreso, no una decisión tomada contra la raza. Precisamente por eso resultó tan profunda: cuando una tecnología se vuelve claramente ventajosa, el cambio puede extenderse sin que nadie pretenda destruir la cultura anterior.

Al principio convivieron. Había casas con tractor y animales, trabajos reservados todavía al ganado, caminos donde el motor no entraba bien. Pero la dirección era inequívoca. Cada nueva máquina reducía la necesidad de criar un macho durante años para convertirlo en buey. El coste de oportunidad se hacía evidente.

La selección racial comenzó a perder uno de sus ejes históricos. Si ya no se necesitaba arrastre, cualidades como determinados tipos de musculatura, comportamiento bajo el yugo o resistencia al transporte prolongado dejaban de tener valor económico directo. La raza no cambiaba de un día para otro, pero los criterios de futuro sí.

El tractor modificó también la organización del tiempo. Un trabajo que antes necesitaba varios hombres y animales podía hacerse con menos mano de obra. Esa reducción era bienvenida en una sociedad donde comenzaba a escasear precisamente la mano de obra rural. La mecanización y el éxodo se alimentaron mutuamente: las máquinas permitían trabajar con menos personas, y la falta de personas hacía más necesarias las máquinas.

En el paisaje sonoro ocurrió una transformación silenciosa. El golpe de ruedas de carro, las voces de mando y el paso de los bueyes fueron sustituidos por motores. Durante un tiempo ambos sonidos coincidieron. Después uno quedó relegado a fiestas, demostraciones o memoria.

Para la Tudanca, el reto fue brutal: ¿qué hacer con una raza cuyo prestigio se había construido en gran medida alrededor de una función que el mercado ya no pagaba? La respuesta tardó en definirse. La carne ganaría importancia, pero competir en producción cárnica con razas especializadas exigía otra lógica. La rusticidad seguía siendo valiosa en montaña, aunque ya no bastaba por sí sola para garantizar rentabilidad.

El tractor no mató a la Tudanca. Sería una frase injusta. Lo que hizo fue revelar que la raza necesitaba una nueva justificación económica y cultural. Cuando desaparece una función, sobreviven mejor aquellas poblaciones capaces de encontrar otra sin perder completamente su identidad.

A partir de aquí la historia deja de ser la de un animal útil y se convierte también en la de un patrimonio vulnerable.

16. La vaca blanca y negra

La transformación ganadera del siglo XX no se explica sólo por la mecanización. En muchas zonas del norte de España la especialización lechera introdujo otro criterio de modernidad: producir más litros. Las razas altamente especializadas, especialmente la Frisona, alteraron la economía y la apariencia de numerosas explotaciones. La vaca blanca y negra se convirtió en símbolo de una ganadería orientada hacia mercados regulares de leche y a rendimientos que las razas locales no podían igualar.

La comparación era inevitable y, en cierto modo, injusta. La Tudanca había sido seleccionada durante generaciones para rusticidad, trabajo y aprovechamiento de ambientes difíciles. Pedirle que compitiera en litros con una raza creada para producción lechera intensiva equivalía a cambiar las reglas después de siglos. Pero el mercado no juzga genealogías históricas; paga productos.

Muchas familias tomaron decisiones racionales según las condiciones de su tiempo. Sustituir animales locales, cruzarlos o transformar la explotación podía ofrecer ingresos más altos. La conservación de una raza no era todavía una política consolidada y el orgullo por lo propio tenía límites cuando la economía doméstica estaba en juego.

Los cruzamientos, además, prometían combinar cualidades: rusticidad materna con mayor crecimiento o rendimiento cárnico. Desde la perspectiva de una explotación individual podían resultar atractivos. Desde la perspectiva de una población pequeña, sin embargo, un uso masivo de cruces reduce el número de animales puros y puede erosionar rápidamente la identidad genética.

Esta tensión entre rentabilidad inmediata y conservación colectiva sigue siendo central en cualquier raza autóctona. Pedir al ganadero que mantenga una población menos productiva sin ofrecerle un mercado, una compensación o una ventaja concreta es convertir la conservación en sacrificio privado. Ninguna estrategia duradera puede depender sólo del

romanticismo.

La Tudanca sobrevivió porque permanecía competitiva en determinados sistemas extensivos, porque algunos criadores mantuvieron líneas puras y porque las instituciones terminaron reconociendo la necesidad de organizar su conservación. Pero hubo un momento en que el futuro estaba lejos de estar asegurado.

Las fotografías de mediados del siglo XX muestran una diversidad ganadera que luego se redujo. Algunas poblaciones locales desaparecieron como razas diferenciadas o quedaron absorbidas. La historia de la Campurriana y la Lebaniega sirve de advertencia. Una raza puede extinguirse sin una escena dramática: basta con que cada año nazcan menos crías puras y que las últimas hembras envejezcan.

La vaca blanca y negra no es la enemiga de esta historia. Es el símbolo de un cambio de criterio. La modernidad ganadera comenzó a premiar especialización, volumen y regularidad. La Tudanca tuvo que demostrar que existían otras formas de valor.

17. Los que se fueron

La despoblación rural no tiene una sola causa ni una sola fecha. Se produce casa por casa. Un joven que encuentra empleo en la industria; una muchacha que prefiere la ciudad; una familia que cierra la explotación porque no hay relevo; unos padres que desean para sus hijos una vida menos dura. Cuando esas decisiones se repiten, el pueblo cambia aunque las montañas permanezcan en el mismo sitio.

La ganadería extensiva necesita personas. Puede mecanizar muchas tareas, pero no elimina la necesidad de observar animales, atender partos, reparar cierres, mover rebaños o producir alimento. Cuando disminuye la población activa, mantener sistemas tradicionales resulta cada vez más difícil.

En valles de montaña el efecto fue especialmente fuerte. Las estadísticas demográficas muestran descensos acusados en numerosos municipios desde mediados del siglo XX. Detrás de cada número hay cuadras cerradas, prados que dejan de segarse y conocimientos que ya no encuentran a quién transmitirse.

La Tudanca sufrió esa transformación porque estaba vinculada a explotaciones familiares de montaña. La pérdida de una casa ganadera significaba a menudo la venta o dispersión de su rebaño. Si los animales terminaban cruzados o sustituidos, la población racial disminuía. La erosión genética podía avanzar al mismo ritmo que el abandono humano.

La emigración tampoco debe narrarse como traición. Muchos se marcharon precisamente porque conocían la dureza del trabajo. El mundo rural que hoy contemplamos con nostalgia podía significar jornadas interminables, ingresos inciertos, aislamiento y pocas opciones educativas o sanitarias. La idealización sería una falta de respeto a quienes decidieron irse.

Lo interesante es observar qué se perdió sin que nadie quisiera perderlo. Las voces de mando de los bueyes dejaron de enseñarse porque ya no había bueyes. Los nombres de ciertos parajes se olvidaron porque

nadie necesitaba llevar ganado allí. Técnicas de siega, reparación de aparejos o manejo comunal quedaron reducidas a memoria de mayores. La cultura desaparecía por falta de uso.

A veces una raza conserva fragmentos de ese mundo. El simple hecho de mantener Tudancas obliga a seguir utilizando determinados pastos, conservar ciertos calendarios y sostener un vocabulario específico. La vaca actúa como una cuerda que mantiene unidos territorio y práctica.

Por eso la conservación ganadera no puede separarse completamente de la política rural. Salvar genes sin ganaderos sería posible sólo de forma parcial, mediante bancos de germoplasma o núcleos controlados. Pero una raza viva necesita comunidades vivas.

Los que se fueron cambiaron La Montaña. Los que se quedaron también. Entre ambos construyeron el escenario en que la Tudanca tuvo que buscar una segunda vida.

18. De decenas de miles a una raza amenazada

Los censos son fríos hasta que se los coloca en una línea temporal. En torno a 1947 las fuentes hablan de una población Tudanca que se contaba por decenas de miles. Treinta años después, los efectivos habían caído de forma drástica. La Asociación Nacional recuerda una cifra aproximada de veinte mil animales hacia 1977; algunos estudios históricos ofrecen 17.173 para ese mismo año. Cualquiera de las dos referencias describe un retroceso enorme.

La discrepancia sobre el punto de partida de 1947 —unas 80.000 cabezas en la memoria asociativa frente a 61.785 en otras reconstrucciones— obliga a ser rigurosos. Los censos antiguos pueden utilizar categorías distintas, áreas diferentes o metodologías incomparables. El historiador responsable no elige automáticamente el número que produce mayor dramatismo. Explica la diferencia y busca el documento original.

Pero la tendencia no admite discusión. Mecanización, especialización productiva, cruzamientos, cambios de mercado y abandono rural redujeron la población. Cada factor actuaba sobre los demás. El buey dejó de venderse; la vaca pura ofrecía menos rendimiento en determinados modelos; la mano de obra escaseaba; el cruzamiento parecía una salida rápida.

El peligro de extinción racial no depende únicamente del número total. Importan las hembras reproductoras, los sementales, la distribución entre ganaderías y el grado de parentesco. Una población de varios miles puede tener una diversidad efectiva mucho menor si pocos machos concentran la descendencia. De ahí la importancia de los libros genealógicos y la planificación moderna.

A mediados del siglo XX esos instrumentos estaban en construcción. La Junta de Criadores creada después del Congreso de 1947 intentó ordenar la selección y revisar sementales. Sin embargo, la velocidad del cambio económico superaba la capacidad de las estructuras tradicionales

para responder.

La década de 1970 fue decisiva porque la Tudanca empezó a ser pensada explícitamente como patrimonio ganadero que debía conservarse. El vocabulario cambia. Donde antes se hablaba de mejorar el animal de trabajo, ahora se habla de evitar la desaparición y preservar pureza racial.

Esta transición posee un significado cultural profundo. Durante siglos la selección había estado orientada por la utilidad. En adelante habría que conservar también caracteres que no ofrecían una ventaja económica inmediata. La sociedad comenzaba a aceptar que perder una raza suponía perder una parte de su diversidad biológica e histórica.

El riesgo, sin embargo, era convertir la Tudanca en una reliquia. Si sólo sobrevivía en concursos o núcleos testimoniales, su relación con el paisaje y con la producción real se debilitaría. La conservación debía encontrar una función moderna.

De ahí que la historia posterior combine dos estrategias: proteger identidad genética y construir viabilidad económica. La carne, el pastoreo extensivo, las ayudas a razas autóctonas, la valorización cultural y los programas de cría forman parte del mismo intento.

Una raza amenazada no se salva con una fotografía. Se salva haciendo que nazca la siguiente generación.

PARTE V — LOS QUE DECIDIERON QUE NO DESAPARECIERA

19. El ojo del ganadero

Antes del libro genealógico estuvo la memoria. Antes del técnico con una ficha estuvo el ganadero que conocía a sus vacas. La ciencia moderna permite medir, comparar y controlar con una precisión extraordinaria, pero no inventó la selección. Organizó una práctica mucho más antigua.

El ojo ganadero se construye por repetición. Ver nacer animales, observar cómo crecen, recordar a sus madres, comprobar cómo se mueven en el puerto y qué tal llegan al invierno. Un rasgo aislado puede engañar. Una vaca hermosa que cría mal vale menos que otra menos vistosa que produce terneros sanos año tras año. La selección campesina aprendió a equilibrar apariencia y función.

Los sementales concentraban especial atención porque un solo macho podía dejar muchas crías. Elegir mal tenía consecuencias amplificadas. De ahí que la organización de criadores desarrollara mecanismos de revisión y aprobación. El criterio individual comenzaba a convertirse en responsabilidad colectiva.

La morfología importaba. Aplomos correctos, estructura, cabeza, cornamenta, capa y movimiento ayudaban a definir un tipo reconocible. Pero el tipo no debía convertirse en escultura. Un animal de montaña tenía que funcionar. La belleza racial nacía en gran medida de la adecuación.

Los ganaderos veteranos suelen hablar de familias de vacas. Una línea puede tener fama de buena madre, otra de carácter complicado, otra de producir buenos bueyes. Esa genealogía oral constituye una forma de conocimiento que el registro moderno traduce a documentos. El valor del libro genealógico no está en reemplazar la memoria, sino en impedir que dependa sólo de ella.

La experiencia también enseña humildad. Dos hermanos completos pueden resultar distintos. Una vaca excelente puede producir una hija mediocre. La genética no es destino simple. El ambiente, el manejo y la combinación de caracteres introducen variabilidad. Por eso seleccionar

requiere poblaciones suficientemente amplias y seguimiento durante años.

El ojo del ganadero sigue siendo útil incluso en la era del ADN. Los marcadores pueden confirmar filiaciones y ayudar a gestionar diversidad, pero no sustituyen la observación diaria de adaptación, comportamiento o facilidad de manejo. La mejor conservación combina ciencia y experiencia.

En la Tudanca esa alianza tiene un valor simbólico particular. La raza fue creada por campesinos sin laboratorio y salvada en parte mediante herramientas científicas modernas. Ninguna de las dos historias debería borrar a la otra.

Cuando un criador señala una vaca en el prado y explica por qué la considera buena, está realizando una evaluación que resume años. El libro homenaje debe detenerse a escucharlo. En esas frases continúa vivo el primer programa de cría de la raza: mirar, comparar, recordar y elegir.

20. 1978: el libro de familia

La constitución de la Asociación Nacional de Criadores de Ganado Vacuno de Raza Tudanca a finales de los años setenta marca un cambio de época. La raza entra en una fase en la que conservarla exige instituciones estables, registros y coordinación entre explotaciones. El antiguo prestigio de mercado ya no basta.

En 1978 se formalizaron estructuras de selección y un prototipo racial que permitían identificar con mayor claridad qué animales podían formar parte de los registros. Más adelante, las normas del libro genealógico y los programas de mejora y conservación irían adaptándose a la legislación moderna.

Un libro genealógico puede parecer burocrático hasta que se piensa en su función. Cada inscripción responde a preguntas sencillas: quién es este animal, cuándo nació, quiénes son sus padres, a qué ganadería pertenece, qué descendencia deja. Al acumular miles de respuestas, el libro construye la memoria colectiva de la raza.

Esa memoria permite evitar errores. Si se conoce el parentesco, pueden planificarse apareamientos que reduzcan la consanguinidad. Si se identifican líneas poco representadas, pueden conservarse. Si un semental transmite caracteres indeseables, su uso puede limitarse. La genética deja de ser intuición aislada.

El registro también establece una frontera. Para conservar una raza hay que definirla, pero cualquier definición corre el riesgo de estrechar demasiado la variabilidad. El estándar debe asegurar identidad sin convertir todos los animales en copias. Las razas tradicionales contienen diversidad interna, y esa diversidad es precisamente parte de su capacidad de adaptación.

La Tudanca presenta capas y matices que forman parte de su riqueza fenotípica. La selección moderna debe reconocer el tipo racial sin perseguir una uniformidad artificial. Una población genéticamente pobre puede parecer muy homogénea y, sin embargo, ser más vulnerable.

El libro de familia conecta pasado y futuro. Un criador puede mirar la ficha de una vaca y encontrar varias generaciones. Detrás de nombres y números aparecen decisiones tomadas por otros ganaderos. Cada apareamiento actual escribe una línea nueva.

En 2020 el Ministerio aprobó el Programa de Cría vigente de la raza Tudanca y su programa de difusión de la mejora. La conservación ha entrado plenamente en el lenguaje técnico de la genética de poblaciones, los controles de filiación y la gestión de recursos zoogenéticos. Sin embargo, el objetivo esencial sigue siendo reconocible para cualquier criador antiguo: que haya buenas Tudancas mañana.

La diferencia está en que ahora sabemos con más precisión lo difícil que puede ser conseguirlo.

21. Una raza dentro de una pajita

Pocas imágenes resumen mejor el salto tecnológico que una pajita de semen congelado. Durante siglos, la continuidad de una línea dependió de que el semental estuviera vivo, accesible y pudiera cubrir vacas. Hoy parte de su genética puede conservarse durante décadas en condiciones controladas y utilizarse mucho después de la muerte del animal.

El banco de germoplasma transforma la idea de patrimonio. Una raza puede guardar copias de seguridad biológicas, aunque la expresión sea imperfecta. Semen, embriones y otros materiales reproductivos permiten preservar combinaciones genéticas y recuperar líneas que de otro modo podrían perderse.

La inseminación artificial facilita además el uso de sementales seleccionados en explotaciones lejanas. Reduce algunos riesgos de manejo y permite planificar apareamientos con mayor precisión. Pero también puede concentrar demasiado la descendencia de unos pocos machos si se utiliza sin criterios de diversidad. La herramienta que conserva puede, mal gestionada, estrechar la población.

Por eso la genética moderna trabaja con equilibrio. No basta buscar el «mejor» toro entendido como campeón absoluto. En una raza amenazada importa también mantener líneas y evitar que todos los animales terminen demasiado emparentados. El valor de un semental puede residir precisamente en representar una familia poco frecuente.

Los controles de filiación mediante marcadores genéticos añaden seguridad. La genealogía oral y la anotación ganadera se contrastan con información biológica. Los errores disminuyen y los cálculos de parentesco se vuelven más fiables.

Para quien conoció la Tudanca exclusivamente en el puerto, esta ciencia puede parecer distante. Sin embargo, está al servicio de la misma continuidad. El campano y el nitrógeno líquido pertenecen ahora a una única historia. Uno mantiene a los animales localizables en el paisaje; el otro ayuda a mantener disponible su patrimonio genético.

La conservación ex situ —fuera del animal vivo y del sistema productivo— nunca debe convertirse en excusa para abandonar la conservación in situ. Una pajita no pasta, no pare, no mantiene un prado ni sostiene una ganadería. Es una reserva, no una población.

La verdadera seguridad nace de combinar ambas estrategias: animales vivos en explotaciones viables y material genético protegido para contingencias futuras. La Tudanca del siglo XXI existe simultáneamente en la montaña, en el libro genealógico y en un tanque criogénico.

Esa coexistencia habría resultado inimaginable para los criadores de 1947. Y, sin embargo, ellos reconocerían el propósito: impedir que se pierda lo que tantas generaciones tardaron en formar.

PARTE VI — LA TUDANCA DEL SIGLO XXI

22. La vaca que tuvo que aprender otro oficio

Cuando desapareció el trabajo de arrastre, la Tudanca no podía vivir sólo de su pasado. Una raza ganadera necesita una función económica presente. La producción de carne fue ocupando el espacio principal y terminó convirtiéndose en la orientación productiva reconocida actualmente.

La transición no transformó mágicamente a la Tudanca en una raza cárnica especializada comparable a poblaciones seleccionadas durante generaciones para crecimiento y conformación de canal. Su ventaja estaba en otro lugar: la capacidad de criar en sistemas extensivos, utilizar pastos de montaña y mantener costes ligados a recursos territoriales propios.

Eso obliga a pensar la rentabilidad de manera distinta. Un animal que crece más despacio puede ser competitivo si aprovecha superficies donde otras producciones resultarían difíciles, si necesita menos insumos comprados o si su carne obtiene un valor añadido por origen y sistema de cría. La economía de una raza rústica no puede evaluarse únicamente con la misma vara que una explotación intensiva.

La carne Tudanca ha sido objeto de estudios científicos sobre crecimiento, canal, composición y efectos de distintos sistemas de alimentación. Esa investigación es importante porque permite abandonar dos extremos igualmente pobres: idealizar la carne por ser «de raza autóctona» o despreciarla por no pertenecer a una raza hiperespecializada. La calidad se mide y depende de edad, alimentación, manejo, maduración y pieza.

El mercado contemporáneo ofrece además una oportunidad cultural. El consumidor puede valorar origen, extensividad, conservación de razas y vinculación territorial. Programas como el logotipo 100 % Raza Autóctona intentan hacer visible esa relación. La etiqueta, sin embargo, sólo funciona si existe confianza y trazabilidad.

Comer para conservar puede parecer una paradoja. En realidad, es la

lógica de muchas razas ganaderas. Si la producción tiene mercado, el ganadero tiene incentivos para criar. Si nadie compra, la conservación queda dependiendo de ayudas o de afición. Un patrimonio vivo necesita economía.

Eso no significa reducir la Tudanca a carne. Su valor incluye paisaje, genética, cultura y conocimiento. Pero precisamente para que esos valores continúen encarnados en animales vivos hacen falta explotaciones sostenibles.

La raza tuvo que «aprender otro oficio» sólo en sentido figurado. Lo que cambió fue nuestra manera de aprovecharla. El mismo cuerpo que antes convertía hierba en fuerza convierte ahora pasto en carne y cría. La rusticidad sigue siendo la base. La sociedad ha cambiado el producto que decide pagar.

La segunda vida de la Tudanca depende de que esa nueva función no destruya aquello que pretende conservar. Producir más no puede significar diluir la raza hasta hacerla irreconocible. El desafío consiste en mejorar viabilidad sin perder identidad.

23. Carne de montaña

Hablar de carne en un libro homenaje exige precisión. La gastronomía puede convertirse fácilmente en publicidad. Conviene empezar por el animal y por el sistema. La Tudanca se cría principalmente en condiciones extensivas o semiextensivas, con aprovechamiento de pastos y una fuerte adaptación al territorio. La alimentación final, la edad de sacrificio y el manejo influyen de manera decisiva en el producto.

Los estudios realizados sobre la raza han analizado parámetros de crecimiento, rendimiento de canal, composición lipídica y calidad sensorial. Los resultados muestran que no existe una «carne Tudanca» idéntica en cualquier circunstancia. El sistema de alimentación modifica grasa y perfil de ácidos grasos; la edad y el grado de acabado afectan textura y sabor; la maduración transforma la terneza.

Esta variabilidad no es un defecto. Obliga a trabajar bien. Una raza autóctona no garantiza por sí sola excelencia culinaria. Hace falta cría adecuada, sacrificio correcto, reposo y cocina que respete la pieza. El prestigio duradero se construye evitando exageraciones.

La carne puede contar el paisaje si existe trazabilidad. Un ternero criado con su madre y alimentado en un sistema donde los pastos tienen peso real incorpora a su biografía productiva el territorio. Esa relación interesa al consumidor contemporáneo, pero debe expresarse con datos y no con metáforas vacías.

La inclusión de la Tudanca en figuras de calidad y esquemas de raza autóctona ayuda a diferenciarla. El reto está en que el mayor valor llegue al ganadero. Si el precio añadido se queda en la cadena comercial y no compensa el coste de criar una raza menos especializada, el incentivo conservacionista se debilita.

La cocina ofrece otra forma de homenaje. No se trata de inventar recetas «ancestrales» sin documentación, sino de mostrar cómo carniceros y cocineros actuales trabajan cortes, maduraciones y guisos. La carne de vaca adulta, por ejemplo, puede tener usos muy distintos de

la ternera; el aprovechamiento integral reduce la dependencia de unas pocas piezas nobles.

El buey plantea un capítulo aparte. La palabra tiene hoy un atractivo comercial tan grande que se utiliza con frecuencia de manera imprecisa. Un verdadero buey es un macho bovino castrado y criado durante años, y su producción implica tiempo y coste. Recuperar bueyes Tudancos para carne o exhibición debe hacerse con transparencia y no como una etiqueta nostálgica.

La gastronomía puede cerrar el círculo histórico. Durante siglos el gran valor del macho estuvo en la fuerza; hoy puede encontrarse en un producto alimentario singular. Pero sería un error celebrar únicamente el plato y olvidar los años de pasto y manejo que lo hicieron posible.

La carne es la última página de una biografía ganadera. Este libro quiere leer las anteriores.

24. La vaca y el paisaje

Decir que la Tudanca «cuida el monte» es atractivo, pero demasiado sencillo. La relación entre ganado y paisaje depende de intensidad, época, tipo de vegetación y manejo. Un número excesivo de animales puede degradar ciertas áreas; una presión demasiado baja permite cambios hacia matorral o bosque que alteran pastos tradicionales. La ganadería extensiva es una herramienta de gestión, no una garantía automática.

Los estudios del área de Sejos y la Mancomunidad Campoo-Cabuérniga muestran que los usos pastoriles históricos influyeron en la configuración del paisaje. La presencia de ganado, las quemas tradicionales en algunos contextos, la corta, el aprovechamiento forestal y otras actividades actuaron conjuntamente. Separar una sola causa sería artificial.

La Tudanca posee ventajas para determinados ambientes porque se desplaza bien, aprovecha recursos diversos y soporta condiciones de montaña. Esa capacidad puede ayudar a mantener superficies abiertas y utilizar biomasa que de otro modo quedaría sin aprovechamiento ganadero. El estiércol redistribuye nutrientes y la circulación animal crea sendas.

En el debate sobre incendios conviene ser especialmente prudentes. El pastoreo puede reducir parte de la carga vegetal en zonas concretas y formar parte de estrategias preventivas, pero no «evita incendios» por sí solo. La meteorología, la estructura del combustible, la gestión forestal y muchos otros factores intervienen. El mérito de la raza no necesita afirmaciones absolutas.

Más interesante es reconocer que un paisaje ganadero necesita ganadería. Si desaparecen los animales, cambia la vegetación y cambia también la lectura cultural del territorio. Prados que parecen naturales son a menudo el resultado de siglos de siega y pastoreo. Su mantenimiento requiere trabajo.

La conservación de la Tudanca puede contribuir, por tanto, a conservar determinados paisajes culturales. No porque la vaca sea una jardinera consciente, sino porque su presencia justifica un sistema de uso. Los ganaderos abren caminos, mantienen cierres, siegan, desbrozan y vigilan. El animal es parte de una actividad humana más amplia.

Esta perspectiva evita dos romanticismos: el de una naturaleza supuestamente intacta sin personas y el de un campo tradicional siempre equilibrado. La historia rural incluye degradaciones, conflictos y sobreexplotaciones, pero también conocimientos adaptativos de enorme valor. El reto contemporáneo es seleccionar lo mejor de esa experiencia con herramientas actuales.

Cuando vemos una Tudanca en un prado de montaña debemos entender que el paisaje no es fondo. Es parte de la producción. La vaca come territorio transformado en hierba y devuelve al territorio parte de lo que consume. La relación es material antes que simbólica.

Por eso conservar la raza sin conservar espacios de pastoreo sería conservar sólo media historia.

25. El ganadero del siglo XXI

El ganadero actual no vive en Peñas arriba, y cualquier homenaje serio debe empezar por admitirlo. Conduce un todoterreno, utiliza teléfono móvil, consulta previsiones meteorológicas precisas, trabaja con crotales, saneamientos, guías de movimiento, registros, ayudas y una normativa que habría resultado incomprensible para sus abuelos. Puede utilizar GPS, cámaras, maquinaria de siega y sistemas de alimentación modernos.

Sin embargo, la tecnología no elimina la incertidumbre biológica. Una vaca puede parir de noche. Un ternero puede enfermar. Un cierre puede romperse. Un temporal puede cambiar un plan. El ganadero sigue trabajando con seres vivos y con un clima que nunca se controla por completo.

La administración ocupa hoy una parte considerable del oficio. Identificación animal, movimientos, tratamientos, registros y controles forman parte de la trazabilidad y de la sanidad, pero también generan una carga que muchos productores consideran pesada. Conservar una raza no puede ignorar esa realidad. El romanticismo del consumidor termina donde empieza un formulario a última hora de la tarde.

El relevo generacional constituye uno de los grandes problemas. Criar Tudancas por tradición familiar puede ser una motivación poderosa, pero no suficiente si la explotación no ofrece una vida digna. Los jóvenes comparan su jornada, ingresos y tiempo libre con otras profesiones. Para que la raza tenga futuro debe haber futuro para ellos.

Algunos encuentran oportunidades en venta directa, carne diferenciada, turismo rural, gestión ambiental o combinación de actividades. Otros mantienen sistemas más convencionales. No existe un único modelo. La diversidad de explotaciones puede ser una fortaleza siempre que la población racial mantenga coordinación genética.

La relación con la ciencia también ha cambiado. Técnicos y veterinarios asesoran sobre reproducción, sanidad y selección. Los criadores participan en programas de conservación que manejan

información de parentesco imposible de calcular manualmente. La experiencia local entra en conversación con bases de datos.

Pero el gesto elemental sigue siendo el mismo. El ganadero mira el rebaño. Sabe si una vaca está distinta, si falta un animal, si un ternero no mama con normalidad. Ningún sensor reemplaza del todo esa atención. La tecnología amplía la mirada; no la sustituye.

La Tudanca del siglo XXI será tan moderna como quienes la críen. Su autenticidad no depende de volver al carro ni de renunciar al tractor. Depende de mantener las características que la hacen raza y el vínculo productivo con el territorio.

El futuro no consiste en imitar el pasado. Consiste en conseguir que la historia acumulada siga siendo útil.

PARTE VII — EL ORGULLO TUDANCO

26. Día de feria

Una feria ganadera es una escuela sin pupitres. Durante horas se reúnen animales de distintas casas y el ganadero puede comparar lo que normalmente ve separado por kilómetros. La mirada salta de una cornamenta a unos aplomos, de una capa a una grupa, de un ternero bien criado a una vaca demasiado fina. Cada conversación añade información.

Las ferias tradicionales fueron además mercados. Se iba a vender, comprar, preguntar precios y medir el estado económico de la comarca. El ganado era dinero vivo. Un trato podía decidirse después de largas observaciones y pocas palabras.

Con la institucionalización de los concursos apareció otra dimensión: la clasificación racial. Jueces y técnicos aplican estándares, premian ejemplares y orientan indirectamente la selección. Un campeonato aumenta prestigio y puede influir en la demanda de descendencia.

El concurso tiene ventajas y riesgos. Ayuda a fijar un tipo y dar visibilidad a la raza, pero puede favorecer una selección excesivamente estética si se olvida la funcionalidad. En una raza rústica, la belleza debe seguir vinculada a la capacidad de vivir y criar en su sistema tradicional.

Las ferias son también ceremonias familiares. Hay animales preparados durante días, jóvenes que aprenden a presentarlos, mayores que recuerdan campeonas antiguas. Las fotografías de premios terminan en casas y cuadras como parte de la historia de la ganadería.

El público contemporáneo añade otra capa. Muchas personas conocen la Tudanca por primera vez en un certamen. Allí observan de cerca cuernos, capas y diferencias entre macho y hembra. La feria se convierte en instrumento de educación patrimonial.

Pero la raza no debe quedar encerrada en el recinto. El animal impecablemente limpio y colocado para el juez representa una parte pequeña de su vida. El libro debe alternar esas imágenes con barro, puerto, parto y prado. La excelencia racial se demuestra también fuera

del concurso.

Un buen día de feria termina con conversaciones que continúan cuando los animales regresan a casa. Quién ganó, qué toro gustó, qué vaca sorprendió. La selección tiene una dimensión social: el criterio se forma mirando y discutiendo.

Mientras haya ferias con ganaderos reales, la Tudanca tendrá un escenario donde reconocerse públicamente. El peligro comenzaría si sólo quedara el escenario.

27. La Olimpiada del Tudanco

Cabezón de la Sal ha convertido la Olimpiada del Tudanco en una de las grandes celebraciones públicas de la raza. El nombre tiene algo de desafío y orgullo: los animales llegan para ser comparados, premiados y admirados. Durante unas horas la Tudanca ocupa el centro de una atención que en el día a día pertenece a otros asuntos.

La concentración permite observar diversidad dentro del tipo racial. Las capas de las hembras, la potencia oscura de los machos, las diferencias de edad y las líneas de cada ganadería crean un mosaico que ninguna fotografía aislada puede resumir.

Para el criador, participar exige trabajo. Elegir animales, transportarlos, manejarlos en un ambiente distinto, prepararlos para la valoración. Una vaca acostumbrada al puerto debe enfrentarse al ruido, al público y a la proximidad de muchos ejemplares desconocidos. El carácter también se pone a prueba.

El momento más espectacular para el público suele llegar con la pasá. Los animales atraviesan las calles y la localidad se convierte durante un rato en camino ganadero. Los campanos resuenan entre fachadas donde normalmente circulan coches. La imagen posee una fuerza casi teatral, pero su sentido procede de una práctica real: el movimiento estacional de los rebaños.

La celebración ha sido reconocida como Fiesta de Interés Turístico Regional. Esa dimensión turística ayuda a difundir la raza, pero obliga a cuidar la narrativa. La Tudanca no es un elemento decorativo para visitantes. Detrás del desfile hay explotaciones, costes, partos, inviernos y decisiones de selección.

Cuando miles de personas contemplan el paso del ganado se produce algo valioso: una actividad minoritaria se vuelve visible para una sociedad mayoritariamente urbana. Muchos niños pueden ver por primera vez animales que no están detrás de una pantalla o una valla de zoológico, sino vinculados a una economía rural contemporánea.

La Olimpiada funciona así como escaparate y ritual de reconocimiento. Los ganaderos reciben atención; la raza gana prestigio; el pueblo afirma un vínculo con su entorno. El reto consiste en que esa energía se traduzca también en apoyo al producto y comprensión de la conservación.

El mejor momento quizá no sea el premio. Puede ser el regreso, cuando termina la multitud y los animales vuelven a sus explotaciones. Allí recuperan su verdadera función. La campeona deja de ser campeona y vuelve a ser vaca: come, cría y pasa el invierno.

Esa normalidad es la que mantiene viva la raza.

28. San Martín de Treceño

Las ferias de otoño tienen otra luz. El verano ya se ha retirado, los animales han bajado de los pastos altos y la economía de cada casa empieza a mirar hacia el invierno. San Martín de Treceño reúne desde hace mucho ganado y memoria comercial, y el concurso de raza Tudanca se ha convertido en una de sus expresiones más importantes.

El número de reses que han llegado a reunirse en ediciones recientes demuestra que la raza mantiene una presencia social capaz de desbordar el círculo de especialistas. Ver centenares de Tudancas juntas permite comprender lo que las cifras censales no transmiten: una población está formada por cuerpos reales, cada uno con propietario, genealogía y futuro reproductivo distinto.

Treceño ofrece además una geografía diferente a la cuna del Nansa. La Tudanca se extendió por amplias zonas de La Montaña y su identidad no puede quedar encerrada en un solo valle. Las ferias muestran esa expansión y la variedad de criadores.

En el pasado, San Martín estaba asociado a calendarios económicos de compra y venta. La fecha otoñal tenía lógica para ajustar rebaños. Hoy el componente de concurso y celebración patrimonial ha ganado peso, pero la memoria mercantil sigue presente.

Los ganaderos mayores comparan inevitablemente épocas. Recuerdan más animales, otros precios, más tratantes o un tipo diferente de público. La feria se convierte en una medida subjetiva del cambio rural. Cada generación tiene su San Martín.

Para el libro, Treceño debe ser un capítulo de conversaciones. No necesitamos acumular listas de premiados. Necesitamos escuchar por qué un criador ha traído determinada vaca, qué espera de una novilla, qué semental está dejando buenas hijas y qué dificultades encuentra para continuar.

También conviene mirar los márgenes: los niños junto a los animales, las manos sujetando ramales, los campanos colgados antes de salir, el

cansancio al final del día. Ahí vive la cultura ganadera más allá del programa oficial.

Cuando cae la tarde y los camiones comienzan a llevarse las reses, el recinto se vacía deprisa. Queda barro, alguna paja y el eco de las conversaciones. La feria ha terminado; la selección continúa en cada casa.

29. Cada vaca tiene un nombre

Para quien observa un rebaño desde lejos, las vacas pueden parecer repetidas. Para el ganadero no. La individualidad es una herramienta de trabajo. Reconocer a cada animal permite detectar ausencias, cambios de comportamiento, celo, enfermedad o proximidad del parto. El nombre facilita una relación que es práctica antes que sentimental.

Las denominaciones varían. A veces aluden a la capa, al carácter, a una marca, a la madre o a una ocurrencia familiar. Algunos nombres se repiten durante generaciones y se convierten casi en líneas domésticas. Otros pertenecen a una sola vaca y desaparecen con ella.

Preguntar a un ganadero mayor cuál fue la mejor vaca que tuvo produce respuestas distintas de cualquier ficha técnica. Puede recordar una hembra que crió muchos años, otra que siempre volvía sola, una que sobrevivió a un invierno difícil o la madre de varias campeonas. El mérito se expresa en historias.

Esa memoria individual evita que la raza se convierta en abstracción. Los trece mil o veinte mil animales de un censo no existen juntos. Existen en explotaciones concretas y cada criador los conoce de manera desigual. Una política de conservación trabaja con números; una cultura ganadera trabaja también con nombres.

El libro homenaje debería retratar animales reales con esa doble identidad. Número de registro y nombre. Filiación y anécdota. Capa y carácter. La ciencia y la memoria juntas.

Una vaca puede vivir muchos años y acumular una biografía reproductiva considerable. Sus hijas permanecen cuando ella desaparece. En una ganadería estable, el criador puede señalar varias generaciones en el mismo prado. La genealogía deja de ser un árbol dibujado y se vuelve paisaje.

Los nombres ayudan además a transmitir conocimiento a los niños. Aprender el rebaño es aprender diferencias. La educación ganadera empieza distinguiendo. Quien no sabe qué vaca mira tampoco puede

saber si está bien.

En el mundo contemporáneo, los crotales garantizan identificación oficial. Son imprescindibles. Pero el número no sustituye al nombre dentro de la casa. Uno pertenece a la administración; el otro, a la relación cotidiana.

Quizá el mejor homenaje a la raza consista en recordar que nunca existió «la Tudanca» en singular abstracto. Existieron y existen miles de Tudancas, cada una distinta. La raza vive precisamente en esa pluralidad.

30. Los tudanqueros

Las razas no se conservan solas. Detrás de cada censo hay personas que han decidido seguir criando. Algunas lo hacen por tradición familiar; otras por adaptación del ganado a sus fincas; otras por afición, por mercado o por una mezcla imposible de separar. Llamarlos tudanqueros es reconocer una comunidad construida alrededor de la raza.

Los mayores conservan el recuerdo del cambio. Muchos nacieron cuando todavía quedaban bueyes trabajando o cuando la mecanización estaba empezando. Pueden comparar la cuadra de su infancia con la explotación actual, la feria de entonces con el concurso moderno, la venta de un animal en trato directo con la trazabilidad contemporánea.

La generación intermedia vivió la fase de conservación organizada. Vio crecer la importancia del libro genealógico, los controles, la asociación y las ayudas a razas autóctonas. Para ellos la Tudanca ya era simultáneamente ganado y patrimonio.

Los jóvenes afrontan otro escenario. Conocen genética, redes sociales y venta directa. Pueden promocionar carne por internet o seguir un animal con dispositivos. Pero también sufren costes, burocracia y dificultad de acceso a tierra. Su problema no es preservar una postal, sino construir una empresa viable.

Las mujeres merecen una presencia explícita. La historia ganadera tradicional ha tendido a fotografiar hombres en ferias y cargos, ocultando buena parte del trabajo doméstico y de cuidado que sostenía las explotaciones. Alimentación, limpieza, atención a terneros, siega, administración de la casa y múltiples tareas recayeron también sobre ellas. El homenaje debe corregir esa invisibilidad sin inventar uniformidades: cada familia repartía el trabajo de manera distinta.

Los veterinarios y técnicos forman otra parte de la comunidad. Sin ellos no existiría el programa moderno de conservación. Han trabajado en saneamiento, reproducción, registros y selección, a menudo en diálogo continuo con criadores que poseen un conocimiento empírico

muy fuerte.

La asociación actúa como espacio común. Gestiona el libro genealógico, representa intereses, organiza o participa en concursos y mantiene una continuidad institucional que ninguna ganadería individual podría asegurar. Su historia desde finales de los setenta forma parte de la supervivencia de la raza.

Pero la institución no debe ocultar a la persona que, una mañana de enero, entra sola en la cuadra. La conservación ocurre allí, en decisiones repetidas: atender una vaca, guardar una novilla, elegir un toro, subir al puerto, segar hierba, pagar una factura.

El futuro de la Tudanca dependerá menos de nuestros elogios que de que esa vida siga mereciendo la pena.

PARTE VIII — CUADERNO DE LA MEMORIA

31. Los colores de la montaña

La Tudanca cambia de aspecto con la edad, el sexo y la estación, y esa variación explica por qué las fotografías pueden confundir a quien se acerca por primera vez a la raza. El ternero nace con tonos rojizos y, a medida que crece, el pelo evoluciona hacia las capas adultas. En las hembras aparece una gama de grises, pardos y tonos avellanados que la tradición ganadera ha aprendido a nombrar con una precisión imposible de resumir en la palabra «oscura». El macho, sobre todo al alcanzar madurez, acentúa el contraste y adquiere una presencia mucho más negra.

Los nombres tradicionales de las capas forman parte de un vocabulario visual. Tasuga, josca, avellana y otras denominaciones no son adornos poéticos creados para una feria. Nacieron de la necesidad de distinguir animales y comunicar diferencias. En una sociedad donde buena parte de la información se transmitía oralmente, nombrar bien era una forma de clasificar.

La capa, sin embargo, no debe separarse del resto del animal. Seleccionar únicamente por color sería empobrecer la raza. El estándar utiliza la pigmentación como uno de varios caracteres, junto a proporciones, cabeza, cornamenta, línea dorsal, extremidades y aptitud general. La conservación moderna busca mantener un tipo reconocible sin convertir la diversidad natural en defecto.

La luz de La Montaña modifica además nuestra percepción. Una vaca gris bajo un cielo cubierto parece mucho más oscura que la misma res al sol. El pelo de invierno añade densidad y puede alterar matices. La humedad hace brillar algunas zonas y acentúa otras. Por eso el criador no juzga una capa con una única fotografía; conoce al animal a lo largo del año.

El toro adulto proporciona la imagen más rotunda. La oscuridad general, combinada con zonas más claras y una línea dorsal perceptible en determinados ejemplares, evoca las reconstrucciones de bovinos

primitivos y alimentó teorías antiguas sobre el parentesco con el uro. La semejanza visual es real; la conclusión genealógica directa, mucho más discutible. El color puede sugerir historia, pero no demostrarla.

En la hembra la variedad tiene otro encanto. Una cabaña de vacas Tudancas no es un bloque uniforme. Cuando se mezclan edades y capas, el rebaño parece compuesto por una paleta de montaña: ceniza, avellana, pardo, negro. Esa diversidad refuerza la individualidad que el ganadero percibe mucho antes que el visitante.

Los criadores veteranos pueden reconocer animales a distancia por combinación de silueta, cuernos y capa. El color sirve como primera pista, pero la identificación se completa con maneras de andar, tamaño y comportamiento. La memoria visual de un rebaño es una habilidad profesional.

Hay también cambios relacionados con el estado fisiológico. Una vaca recién parida puede presentar una condición corporal distinta; otra, al final del verano, muestra el efecto de meses de pastoreo. El pelo y el cuerpo cuentan la estación. El animal no es una ilustración fija del estándar, sino un organismo que responde al ambiente.

Para un libro ilustrado, las capas ofrecen una oportunidad magnífica: seguir el mismo animal desde el nacimiento hasta la madurez. Una secuencia de fotografías permitiría comprender mejor que muchas páginas de descripción. El lector vería cómo el jato rojizo se convierte en adulto y cómo los caracteres raciales se hacen visibles gradualmente.

La terminología merece recogerse con cuidado, contrastando el uso entre comarcas y generaciones. Algunas palabras pueden tener límites distintos según quien las emplee. El glosario no debe imponer una uniformidad que nunca existió. La riqueza está precisamente en esa conversación entre lenguaje popular y estándar técnico.

Nombrar los colores de la Tudanca es, en el fondo, aprender a mirar despacio. Y ese ejercicio resume todo el libro.

32. Cuernos de montaña

Si hubiera que elegir un solo rasgo capaz de identificar a la Tudanca desde lejos, la cornamenta competiría con la capa. Los cuernos nacen de la cabeza con una disposición característica y evolucionan con la edad hasta formar perfiles elegantes, abiertos y variables. El estándar moderno utiliza el término «estornejada» para describir la trayectoria típica: una salida que se dirige inicialmente hacia atrás y abajo antes de elevarse y abrirse.

La descripción técnica resulta útil, pero no transmite por completo la impresión visual. En una vaca adulta los cuernos alargan la cabeza y le dan una expresión alerta. En el toro, unidos a la masa del cuello y a la oscuridad de la capa, aumentan la sensación de potencia. En ambos sexos crean un problema práctico de espacio que el ganadero aprende a manejar en cuadras, mangas y transportes.

Los cuernos crecen durante la vida. Su forma depende de genética, edad y posibles accidentes. Una punta rota o un golpe quedan incorporados a la biografía del animal. Por eso una cornamenta perfecta en concurso es a la vez belleza y resultado de años sin lesiones importantes.

En la ganadería tradicional los cuernos tenían también función social dentro del rebaño. Los bovinos establecen jerarquías y utilizan cabeza y cuerpo en sus interacciones. Una raza cornuda exige distancias y comportamientos diferentes de una población mocha. El ganadero sabe cuándo una amenaza es simple gesto y cuándo debe apartarse.

La selección de cornamentas puede derivar fácilmente hacia el exhibicionismo. Si el concurso premia de manera excesiva un rasgo espectacular, existe la tentación de favorecerlo por encima de función y salud. Los programas de cría responsables equilibran la fidelidad al tipo con la conformación general. El cuerno debe pertenecer a una buena vaca, no sustituirla.

Históricamente, la cornamenta podía ayudar a sujetar el animal y

formaba parte del conocimiento de manejo. Los yugos bovinos utilizaron sistemas distintos según regiones; en el caso de los bueyes Tudancos, la relación entre cabeza, cuernos y aparejos condicionaba el trabajo. Las fotografías antiguas permiten estudiar no sólo al animal, sino la manera en que se integraba en una tecnología de tiro.

La cultura popular presta atención especial a los cuernos porque son visibles y memorables. Aparecen en dibujos, logotipos, carteles y representaciones de la raza. Esa simplificación gráfica tiene valor identitario, aunque conviene recordar que una silueta de cuernos no cuenta la Tudanca entera.

En el puerto, la cornamenta recupera una presencia distinta. Sirve para apartar ramas, relacionarse con otros animales y defender espacio. Una madre con ternero puede utilizar la cabeza de manera disuasoria, recordando al visitante que la familiaridad del ganado doméstico no elimina su fuerza.

Fotografiar cuernos exige paciencia. De frente, la simetría domina. De perfil se aprecia la torsión. En tres cuartos aparece la relación con el cráneo. Una serie bien construida podría mostrar cómo cambia la forma desde la novilla hasta la vaca vieja.

También aquí hay memoria. Algunos ganaderos recuerdan una vaca precisamente por sus cuernos: demasiado abiertos, extraordinariamente finos, uno roto en un verano de tormenta. La anatomía termina convertida en historia.

La Tudanca no necesita una cornamenta gigantesca para ser auténtica. Necesita conservar la forma, la proporcionalidad y la funcionalidad que la caracterizan. El homenaje consiste en mirar el rasgo sin convertirlo en caricatura.

33. Las mujeres de la casa

Las fotografías históricas de ferias ganaderas muestran con frecuencia hombres: tratantes, jueces, veterinarios, propietarios delante de los animales premiados. Si aceptáramos esas imágenes como representación completa del trabajo rural, concluiríamos que las vacas pertenecían a un mundo masculino. La vida cotidiana de las explotaciones demuestra otra cosa.

En muchas casas las mujeres participaron de forma decisiva en la alimentación del ganado, la limpieza de la cuadra, el cuidado de terneros, la siega y recogida de hierba, el ordeño cuando se practicaba, la transformación doméstica de productos y la administración económica. El reparto exacto variaba según comarca, tamaño de explotación, composición familiar y generación. No existe una única «mujer montañesa» que pueda representar a todas. Lo que sí existe es una invisibilidad documental repetida.

Esa invisibilidad nace en parte de la división entre espacio público y doméstico. El hombre acudía más visiblemente a mercado, trataba precios o aparecía como titular formal; la mujer podía sostener horas de trabajo indispensables dentro de la casa sin figurar en actas. Cuando se reconstruye la economía sólo a partir de documentos oficiales, una parte de la producción desaparece.

La cuadra estaba integrada en la vivienda o muy próxima a ella, de modo que la frontera entre trabajo ganadero y trabajo doméstico era porosa. Atender una vaca próxima a parir podía interrumpir otras tareas; preparar alimento, limpiar o cuidar un jato se incorporaban al ritmo diario junto a cocina, ropa, niños y mayores. La carga total podía ser enorme.

Durante la época de siega, además, la urgencia meteorológica movilizaba a toda la familia capaz de ayudar. La hierba no esperaba a una distribución ideal de funciones. Si venía lluvia había que recoger. Las mujeres participaban en extender, voltear, amontonar y transportar

según medios y costumbre local.

La modernización modificó ese reparto, pero no eliminó la presencia femenina. Hoy existen mujeres titulares de explotaciones, ganaderas que participan en asociaciones y jóvenes que gestionan directamente cabañas de Tudanca. Su visibilidad pública ha aumentado, aunque persisten desigualdades y dificultades comunes al medio rural.

Para un libro homenaje, las entrevistas a mujeres mayores son esenciales porque conservan una memoria distinta. Preguntarles por nombres de vacas, partos, hierba, alimentación de invierno y decisiones domésticas puede revelar aspectos que un relato centrado en ferias nunca encontraría. También conviene preguntar por el dinero: quién decidía ventas, qué ingresos controlaba la casa, cómo se afrontaban gastos veterinarios o compras de ganado.

Hay que evitar otro peligro: convertir a la mujer rural en heroína sacrificial y sentimental. El respeto exige complejidad. Hubo orgullo y apego, pero también cansancio, desigualdad, deseo de abandonar trabajos duros y conflictos familiares. Algunas mujeres querían que sus hijas no repitieran aquella vida. Ese deseo forma parte de la transformación del campo.

La Tudanca sobrevivió gracias a una comunidad de trabajo, no únicamente gracias a quienes aparecían en la fotografía del premio. Reconocerlo amplía el concepto de criador. Criar es alimentar, limpiar, vigilar, curar, decidir y transmitir conocimientos.

Cuando una mujer mayor recuerda la vaca que su madre ordeñaba o el ternero que criaron en una cuadra durante un invierno malo, aporta una pieza irreemplazable al archivo de la raza. Su testimonio debe ocupar el mismo espacio que una estadística.

La historia ganadera se vuelve más verdadera cuando entran en ella todas las manos.

34. Aprender las vacas

En una casa ganadera la infancia tenía una educación paralela a la escuela. Los niños aprendían nombres de animales, caminos, peligros, tiempos de siega y pequeños encargos mucho antes de comprender su importancia económica. Ese aprendizaje podía ser afectuoso o pesado, según circunstancias, pero era una forma de transmisión cultural de enorme eficacia.

Reconocer una vaca era una de las primeras competencias. El niño sabía cuál podía acercarse, cuál daba una coz al ordeñar, cuál acababa de parir o qué jato pertenecía a cada madre. La información no se estudiaba: se incorporaba por convivencia.

El campano servía también como lección. Distinguir sonidos ayudaba a localizar animales y comprender movimientos del rebaño. Un adulto podía preguntar dónde estaban las vacas y el niño debía escuchar antes de responder. El paisaje se aprendía con el oído.

Acompañar ganado enseñaba distancia. Un bovino adulto pesa cientos de kilos y puede causar daño sin intención. Saber colocarse, no quedar encerrado contra una pared y leer una cabeza que se vuelve forman parte de un conocimiento corporal. La confianza nunca debía convertirse en descuido.

Los trabajos se asignaban gradualmente. Llevar un recado, abrir un cierre, acercar comida, vigilar unos animales durante un rato. A medida que crecía la capacidad aumentaba la responsabilidad. Así se formaban futuros ganaderos sin un momento formal de iniciación.

Las ferias eran otra escuela. Allí se veían animales de otras casas y se escuchaban conversaciones de mayores. Un adolescente aprendía precios, reputaciones y criterios de selección aunque no participara directamente en el trato. La economía se transmitía por presencia.

Este sistema tenía un coste: muchos niños trabajaron más de lo que hoy consideraríamos aceptable y algunas infancias rurales estuvieron marcadas por obligaciones tempranas. El homenaje no debe convertir

necesidad en virtud. La transmisión de conocimiento puede valorarse sin idealizar la falta de alternativas.

Hoy la situación es distinta. Los jóvenes escolarizados pasan menos tiempo en la explotación y disponen de horizontes profesionales más amplios. Si deciden continuar, combinan formación técnica con saber familiar. Algunos estudian ganadería, veterinaria o gestión y regresan con herramientas nuevas.

El problema para la Tudanca aparece cuando no hay nadie a quien transmitir. Una ganadería puede venderse, pero el conocimiento del lugar no se transfiere tan fácilmente. Saber dónde se encharca un prado, qué cierre rompe el ganado o cómo se comportan las vacas en determinada ladera se aprende con años.

Conservar una raza significa, por tanto, conservar oportunidades de aprendizaje. Las jornadas abiertas, concursos infantiles bien planteados, visitas educativas y colaboración con escuelas pueden acercar el ganado a una generación urbana sin fingir que todos deben convertirse en ganaderos.

La primera lección podría ser muy sencilla: mirar un rebaño y descubrir que las vacas no son iguales. A partir de ahí empieza todo.

35. Las razas que no llegaron hasta nosotros

La Tudanca se comprende mejor cuando se la coloca junto a otras poblaciones bovinas históricas de La Montaña. Las fuentes de los siglos XIX y XX mencionan, además de la Tudanca, tipos o razas Campurriana y Lebaniega. La terminología no fue siempre estable, y distintos autores discutieron hasta qué punto se trataba de razas plenamente diferenciadas, variedades regionales o poblaciones próximas con caracteres poco fijados.

Esa incertidumbre es importante porque recuerda que el concepto moderno de raza ganadera se construyó gradualmente. Antes de los libros genealógicos, una población podía definirse por comarca, uso y apariencia sin disponer de límites genéticos o administrativos precisos. Los nombres reflejaban realidades locales más flexibles.

La Campurriana estuvo ligada a Campoo y aparece en descripciones zootécnicas antiguas como ganado de trabajo y aprovechamiento mixto, con rasgos propios pero también semejanzas con otras poblaciones del norte. La Lebaniega se asociaba al territorio de Liébana. Con el tiempo ambas dejaron de existir como razas diferenciadas reconocidas.

No debemos convertir su desaparición en una fecha exacta si las fuentes no la permiten. La extinción de una población doméstica suele ser gradual. Disminuyen los reproductores, se producen cruzamientos, se adopta otro tipo de ganado y el nombre pierde precisión. Un día se descubre que ya no existe un núcleo capaz de reproducirse como conjunto identificable.

La Tudanca estuvo expuesta a mecanismos similares. Su mayor difusión, la reputación de los bueyes, la existencia posterior de una organización de criadores y la construcción de un programa de conservación contribuyeron a darle una continuidad que otras poblaciones no tuvieron.

Comparar estas historias permite entender el valor de actuar a tiempo. Cuando quedan miles de animales todavía es posible organizar registros,

seleccionar sementales y preservar diversidad. Cuando quedan unas pocas hembras viejas y ningún macho representativo, la recuperación se vuelve extremadamente difícil o imposible.

La pérdida de una raza no significa que desaparezca todo su patrimonio genético de manera absoluta; algunos genes pueden quedar incorporados a poblaciones vecinas mediante cruces históricos. Pero desaparece una combinación reconocible, un sistema de selección y un nombre cultural. Esa pérdida es real aunque la biología sea más compleja que una frontera racial.

Las antiguas Campurriana y Lebaniega merecen, por tanto, una presencia respetuosa en este libro. No como notas al pie, sino como recordatorio de lo que pudo suceder a la Tudanca. La conservación no es una celebración abstracta; responde a precedentes concretos de desaparición.

También invitan a prudencia identitaria. Presentar una raza como esencia eterna de un territorio ignora que las poblaciones cambian, se mezclan y a veces sustituyen unas a otras. La Tudanca es patrimonio precisamente porque tiene historia, no porque exista fuera de ella.

En un mapa ganadero antiguo aparecen nombres que hoy ya no encontramos en las ferias. Leerlos produce una sensación semejante a la de observar una fotografía de una casa derribada. Sabemos que algo estuvo allí.

La Tudanca sigue estando. Esa diferencia es el resultado de decisiones.

36. Cuando los veterinarios empezaron a medir

La modernización de la ganadería española introdujo una nueva figura en la historia de las razas: el técnico que mide. Hasta entonces el criador seleccionaba principalmente mediante observación, reputación y resultado práctico. La zootecnia quiso convertir esa experiencia en categorías comparables: alzadas, perímetros, perfiles, pesos, índices, capas y proporciones.

Los trabajos atribuidos a Santiago Enríquez desde comienzos del siglo XX forman parte de la tradición de estudios modernos sobre la Tudanca que la propia asociación de criadores recuerda. Más tarde otros autores ampliaron descripciones, censos y clasificaciones. Cada estudio intentaba responder a una pregunta aparentemente sencilla: ¿qué es exactamente una Tudanca?

Medir obliga a definir. ¿Dónde termina la variación aceptable y empieza el defecto? ¿Qué rasgos son esenciales? ¿Qué características responden a edad o sexo? La elaboración de un estándar racial convierte conocimiento disperso en norma.

Esa norma puede ser poderosa. Permite a criadores de lugares distintos compartir criterios y construir un libro genealógico. Facilita concursos y programas de selección. Pero también puede simplificar. Una raza tradicional contiene animales que no encajan perfectamente en una descripción ideal y, sin embargo, conservan genes y cualidades funcionales valiosos.

La historia de la zootecnia está llena de tensiones entre tipo y función. En algunas razas, la búsqueda de una apariencia espectacular produjo exageraciones morfológicas. La conservación de la Tudanca debe evitar ese camino. Sus proporciones nacieron de un sistema de montaña; la estética debería servir a la funcionalidad.

Los veterinarios desempeñaron además un papel sanitario cada vez mayor. Campañas de saneamiento, control de enfermedades y mejora reproductiva transformaron la mortalidad y la gestión. La raza moderna

no se conserva sólo seleccionando; se conserva manteniendo rebaños sanos.

El laboratorio añadió después herramientas que los pioneros no podían imaginar. Grupos sanguíneos, marcadores moleculares y análisis de ADN permitieron estudiar relaciones entre poblaciones y confirmar filiaciones. La vieja discusión sobre el origen salió del terreno puramente morfológico.

Sin embargo, cada avance técnico debe dialogar con el campo. Una vaca puede tener una genealogía impecable y resultar poco adecuada a determinada explotación. La ciencia calcula riesgos y potenciales; el ganadero observa el resultado en contexto.

La mejor historia de la conservación Tudanca no enfrenta saber popular y ciencia. Muestra cómo se fueron encontrando. El criador aportaba generaciones de observación; el veterinario ofrecía medición, comparación y herramientas sanitarias. El programa moderno necesita ambos.

Cuando un técnico coloca hoy una ficha junto a un animal está haciendo algo que habría fascinado a aquellos primeros zootecnistas: convertir una vida bovina en información acumulable. Pero la ficha nunca contiene todo. Hay que volver al prado.

37. Contar no es suficiente

Los censos ganaderos ofrecen la pregunta más inmediata: ¿cuántas Tudancas hay? La respuesta parece sencilla hasta que se examina. ¿Contamos todos los animales identificados como raza? ¿Sólo los inscritos en el libro genealógico? ¿Hembras reproductoras? ¿Explotaciones activas? ¿En qué fecha exacta? Un censo es una fotografía construida con criterios.

El sistema oficial ARCA permite seguir datos contemporáneos con mucha más precisión que las estadísticas antiguas. La mayoría de los animales se concentra en Cantabria, aunque existen núcleos en comunidades vecinas. Esa distribución refleja tanto la cuna histórica como la expansión de la raza.

Pero el número total puede engañar. En genética de poblaciones importa el llamado tamaño efectivo, relacionado con cuántos individuos contribuyen realmente a la generación siguiente. Si unas pocas líneas de sementales producen gran parte de los terneros, la diversidad puede reducirse aunque el censo aparente estabilidad.

También importa la estructura por edades. Una población con muchas vacas viejas y pocas novillas tiene un futuro distinto de otra con numerosos reemplazos. El número de explotaciones añade otra dimensión: si los animales están repartidos entre muchas ganaderías, existe mayor resiliencia frente al cierre de una sola, aunque la coordinación genética sea más compleja.

La conservación moderna utiliza estos datos para decidir. Puede recomendar apareamientos, limitar el uso excesivo de determinados machos, favorecer líneas poco representadas o guardar material genético de sementales estratégicos. El objetivo no es producir un animal ideal, sino mantener una población viable.

Las cifras históricas de 1947 ilustran los problemas de comparación. La referencia de 80.000 cabezas repetida en documentación asociativa y la cifra de 61.785 recogida en estudios académicos no deben mezclarse

como si una fuese necesariamente falsa. Pueden responder a fuentes, territorios o definiciones distintas. El trabajo histórico serio exige rastrear el origen de cada dato.

Hacia 1977, en cambio, todas las fuentes coinciden en la gravedad de la reducción. Ese momento impulsó la organización conservacionista. La clasificación oficial posterior de la raza dentro de categorías de protección refleja que el riesgo no se evalúa únicamente por abundancia aparente.

La palabra «recuperación» también debe usarse con cuidado. Aumentar el número es positivo, pero no basta si crece la consanguinidad o si disminuyen los ganaderos. Una población sostenible necesita genética y tejido productivo.

Por eso el gran indicador del futuro podría ser triple: animales, diversidad y personas. Si uno de los tres cae demasiado, la raza se debilita.

Contar es imprescindible. Comprender lo contado, mucho más.

38. Una raza, muchas Montañas

El nombre Tudanca conduce al valle del Nansa, pero la historia de la raza se extendió por una geografía mucho más amplia. Saja, Cabuérniga, Campoo, Valdáliga, Polaciones y otras comarcas incorporaron ganado Tudanco en proporciones y momentos distintos. El mapa de la raza se fue dibujando según necesidades de trabajo, pastos, mercados y preferencias de criadores.

El Nansa ofrece la cuna simbólica. Allí el nombre racial parece inseparable del relieve y de la historia de la Casona. Los valles estrechos, los invernales y las brañas ayudan a explicar la selección de un animal ágil. Pero reducir la Tudanca al Nansa sería olvidar la importancia de sus rutas de expansión.

Cabuérniga y Saja aportan la gran historia comunal de los puertos. La Mancomunidad Campoo-Cabuérniga conecta vertientes y poblaciones mediante derechos pastoriles de enorme antigüedad. Sejos funciona como centro geográfico y simbólico donde confluyen rebaños de distintos orígenes.

Campoo introduce otra escala. El paisaje se abre, los inviernos se endurecen y la tradición bovina tuvo características propias. La presencia histórica de ganado Campurriano y la posterior importancia de la Tudanca permiten estudiar sustituciones y mezclas culturales. En los alrededores de Reinosa la raza forma parte hoy de explotaciones extensivas que muestran su capacidad de adaptarse a una geografía diferente de la cuna.

Polaciones conserva un relieve abrupto y una historia pastoril intensa. Los estudios sobre cambios demográficos y utilización del territorio muestran cómo la pérdida de población transformó usos ganaderos. Allí la conservación de rebaños mantiene actividad en espacios que de otro modo cambiarían rápidamente.

Valdáliga y Treceño aportan el mundo ferial. San Martín reúne animales de numerosos criadores y recuerda que la raza también se

construye en los lugares de intercambio. Una vaca nacida en un valle puede terminar formando una línea en otro a través de la compra de reproductores.

Cabezón de la Sal, con la Olimpiada del Tudanco, se ha convertido en escaparate moderno. Su importancia no procede de ser la cuna, sino de haber creado un espacio de reconocimiento colectivo. El mapa cultural de una raza no coincide necesariamente con el mapa de su origen.

Santander aparece de otra manera. No fue territorio de pastoreo Tudanco comparable a los valles, pero el puerto y la ciudad estuvieron conectados a la carretería y al comercio. Los bueyes enlazaron la montaña ganadera con una economía marítima. La capital entra en la historia por los caminos.

Torrelavega ocupa un lugar todavía más decisivo como centro de mercado y organización. El Congreso de 1947 y el desarrollo posterior de instituciones ganaderas convierten la ciudad en una especie de capital administrativa de la raza.

Esta pluralidad geográfica protege contra el localismo estrecho. La Tudanca pertenece a La Montaña porque distintas comarcas la hicieron suya sin borrar la singularidad de la cuna. Cada zona añadió usos, criadores y memorias.

Un atlas del libro debería mostrar no sólo distribución actual, sino rutas históricas: puertos de verano, caminos de carretería, ferias y expansión hacia áreas vecinas de Castilla y León. Los animales no respetaron las fronteras administrativas modernas del mismo modo que los mapas.

La geografía Tudanca es, en realidad, una red. Y una raza sobrevive mejor cuanto más sólida es esa red.

39. El trato

Antes de que una compraventa ganadera quedara registrada en bases de datos, la economía del ganado se apoyaba en una institución elemental: el trato. Dos personas miraban el animal, discutían precio, ponderaban defectos y virtudes y acababan llegando —o no— a un acuerdo. La palabra dada tenía un peso que dependía de reputación y costumbre.

El tratante profesional conocía mercados y comarcas. Sabía dónde se buscaban bueyes, qué ferias ofrecían determinadas clases de animales y cómo variaban precios. Podía comprar en un valle y vender en otro, conectando explotaciones que nunca habrían negociado directamente.

Ese intermediario tenía mala fama en algunos relatos populares, donde aparece como hombre hábil capaz de sacar ventaja. La realidad era más compleja. Su conocimiento de precios y demanda reducía distancias comerciales y proporcionaba liquidez. El ganadero necesitaba vender; el tratante necesitaba margen.

En una pareja de bueyes la valoración incluía mucho más que peso. Importaban adiestramiento, coordinación, edad, aplomos y fama de trabajo. El comprador pagaba años de formación. Una pareja probada podía valer sensiblemente más que dos animales equivalentes sin experiencia conjunta.

Las ferias permitían observar el mercado casi físicamente. Si había mucha oferta y pocos compradores, el ánimo cambiaba. Un precio corría de boca en boca. El valor de una vaca se construía socialmente en conversaciones que hoy sustituimos por cotizaciones y grupos de mensajería.

El trato tenía también rituales. Mirar boca y dientes para estimar edad, tocar determinados puntos, hacer andar al animal, preguntar procedencia. Algunas prácticas podían variar por zona, pero todas respondían al problema de comprar un ser vivo cuyo rendimiento futuro nunca era seguro.

La reputación del vendedor importaba. Una ganadería conocida por

buenos animales podía obtener confianza antes de que existiera certificación formal. El libro genealógico moderno institucionaliza parte de esa reputación: la filiación deja de depender únicamente de la palabra.

El paso del mercado tradicional al sistema actual aumentó trazabilidad y garantías sanitarias, pero también redujo algunos escenarios de sociabilidad. El trato ya no necesita siempre la presencia física de los mismos actores. Fotografías y datos pueden circular antes del encuentro.

Para comprender la Tudanca de trabajo hay que recuperar esta economía oral. La expansión de la raza se produjo porque alguien compró un animal y lo llevó a otro lugar. Cada venta era también movimiento genético.

El mercado seleccionaba. Lo que tenía demanda se reproducía más. Cuando desapareció la demanda de bueyes, toda la raza sintió el cambio.

40. Torrelavega, ciudad de ganado

Torrelavega se convirtió durante el siglo XX en un gran punto de encuentro pecuario. Su posición, comunicaciones y tradición comercial la hicieron esencial para una provincia en la que la ganadería tenía enorme peso. El Mercado Nacional de Ganados representa la institucionalización moderna de una función mucho más antigua: reunir oferta y demanda en un lugar reconocible.

Para la Tudanca, Torrelavega posee una importancia simbólica especial por el Congreso de 1947. No fue casual que los criadores eligieran una ciudad donde la economía ganadera tenía visibilidad. Allí podían encontrarse productores de distintos valles, veterinarios, autoridades y comerciantes.

El mercado transformó también la manera de ver animales. Reunir muchos ejemplares permite comparar precios, tipos y destinos. La información que antes circulaba lentamente se concentra. El ganadero puede comprobar en una mañana tendencias que en su pueblo tardarían semanas en conocerse.

La especialización lechera del siglo XX dio a Torrelavega un protagonismo adicional. El contraste entre vacas de alta producción y razas locales se hizo visible en el mismo espacio comercial. La Tudanca observó, por decirlo metafóricamente, cómo cambiaba el mercado a su alrededor.

El desarrollo de centros técnicos y sanitarios en el entorno reforzó ese papel. La ganadería dejó de ser únicamente una actividad dispersa por los valles y adquirió una infraestructura provincial: mercados, laboratorios, centros de reproducción, servicios veterinarios.

Ese proceso fue imprescindible para la conservación posterior. Sin instituciones capaces de gestionar registros, material genético y programas sanitarios, una raza amenazada habría tenido muchas menos herramientas.

Torrelavega representa así los dos momentos de nuestra historia. En

1947, la ciudad acoge a criadores preocupados por mejorar el arrastre. Décadas después, el mismo entorno institucional participa de una ganadería en la que los bueyes ya son memoria y la genética se conserva en frío.

La distancia histórica entre ambas escenas es pequeña en años y enorme en tecnología.

Por eso Torrelavega merece más que una fecha. Es el lugar donde la Tudanca pasó de mercancía y fuerza a objeto consciente de selección y conservación.

41. Cossío, una biblioteca abierta al valle

La Casona de Tudanca es inseparable de José María de Cossío, pero reducirlo a «el autor que escribió sobre la vaca» sería absurdo. Precisamente su valor para este libro nace de la amplitud de sus intereses y relaciones. Crítico, estudioso de la literatura, erudito taurino y animador cultural, Cossío reunió un archivo que conecta la pequeña localidad de Tudanca con una parte extraordinaria de la cultura española del siglo XX.

Las colecciones conservadas en la Casona incluyen correspondencia, manuscritos y objetos vinculados a escritores y artistas. El lugar recibió visitantes de enorme relevancia y se convirtió en una casa literaria sin dejar de ser una casona de montaña. Esa convivencia desmonta cualquier jerarquía fácil entre centro y periferia. Durante determinadas temporadas, una aldea del Nansa estuvo conectada directamente con debates y amistades de la cultura nacional.

El recuerdo de La Barraca, el proyecto teatral universitario dirigido por Federico García Lorca durante la Segunda República, forma parte de esa atmósfera cultural que la institución museística ha recuperado en exposiciones. Cossío pertenecía a una red de relaciones donde la literatura no era únicamente estudio académico, sino amistad, correspondencia y vida compartida.

¿Qué hace la Tudanca en medio de todo esto? Precisamente lo que la vuelve interesante: no necesita entrar. Ya estaba fuera. La vaca forma parte del lugar que sostiene la Casona. Cossío podía pasar de las discusiones literarias al paisaje ganadero sin considerar que uno de los mundos invalidara al otro.

Su atención a la raza revela una sensibilidad patrimonial anterior a la generalización del concepto moderno de biodiversidad doméstica. Al describir cualidades del animal y su pastoreo, reconoce que una práctica campesina contiene conocimiento digno de ser fijado por escrito.

No conviene, sin embargo, apropiarse de Cossío como defensor

contemporáneo de todas las políticas actuales. Vivió en otro contexto y utilizó categorías de su tiempo. El homenaje debe respetar esa distancia. Su importancia está en haber mirado con seriedad.

La Casona añade además un elemento de continuidad familiar. No es una colección diseñada por un comisario después de la muerte del propietario, sino el resultado de acumulaciones sucesivas, culminadas por Cossío. Esa densidad hace que cada habitación parezca conservar conversación.

Cuando en 1975 acordó la cesión del conjunto a la Diputación Provincial de Santander, tomó una decisión consciente contra la dispersión. Tras su muerte en 1977, la institución convirtió la casa en museo-biblioteca. El gesto posee una resonancia especial porque coincide cronológicamente con los años en que la Tudanca entraba en una fase decisiva de organización conservacionista.

Mientras una memoria escrita encontraba protección institucional dentro de la Casona, una memoria ganadera necesitaba protección fuera. Ambas historias avanzan casi en paralelo.

El libro puede aprovechar esa coincidencia sin forzarla. Cossío no salvó la raza, pero su figura nos enseña a pensar qué significa conservar. Un archivo necesita catalogación; una raza, genealogía. Un manuscrito necesita condiciones ambientales; una vaca, alimento y territorio. Un libro puede quedar décadas sin abrir; una línea genética desaparece si no se reproduce.

La comparación lleva a una conclusión: el patrimonio vivo exige más compromiso que el objeto patrimonial porque nunca deja de necesitar futuro.

Desde una ventana de la Casona, el valle continúa ahí. Quizá esa sea la mejor imagen de Cossío para nuestro homenaje: no el erudito encerrado en su biblioteca, sino el hombre que sabía que la cultura también estaba fuera.

42. Volver a Peñas arriba

Peñas arriba se publicó a finales del siglo XIX, en un momento en que España discutía modernización, ciudad, tradición y territorio. Pereda construyó en Tablanca una respuesta literaria que ha sido leída tanto por su calidad narrativa como por sus implicaciones ideológicas. El mundo montañés aparece dotado de una coherencia moral que contrasta con otros espacios considerados más inestables o artificiales.

Para este libro conviene acercarse a esa visión sin convertirla en verdad histórica. La sociedad rural tenía conflictos, desigualdades y durísimas condiciones de vida que una novela puede ordenar según necesidades artísticas. La comunidad no era una unidad sin fisuras. Había diferencias de propiedad, poder y expectativas.

Sin embargo, Pereda captó algo esencial: la intensidad con la que territorio y organización social estaban entrelazados. Las distancias, el clima y la propiedad comunal no son decorado. Condicionan relaciones. La montaña obliga a cooperar en ciertos ámbitos y al mismo tiempo produce disputas por recursos.

La Tudanca encaja en ese tejido porque depende de la misma geografía. Una vaca de montaña es, en cierto modo, un resumen productivo de las limitaciones que la novela convierte en argumento. No necesita aparecer en primer plano para sostener la economía de fondo.

Leer Peñas arriba después de conocer el siglo XX produce un efecto melancólico. Aquello que en la novela parece permanente cambiará con enorme rapidez. Carreteras, electricidad, transporte, escolarización, industria y turismo modificarán las relaciones con el exterior. Los jóvenes dejarán de estar encerrados por la distancia.

La transformación demuestra que la identidad no es inmovilidad. Tudanca continuó siendo Tudanca mientras cambiaba radicalmente la vida de sus habitantes. La raza también sobrevivió cambiando de función. El patrimonio más fuerte no es el que permanece idéntico, sino el que conserva continuidad a través de la transformación.

Pereda sirve así como punto de partida, no como programa de restauración. Nadie debe pretender devolver el valle a 1895 para salvar la Tudanca. La sociedad actual necesita servicios, comunicaciones y oportunidades. El desafío es mantener prácticas ganaderas compatibles con esa modernidad.

La literatura puede ayudar porque conserva percepciones. Nos permite sentir lo que significaba la distancia, la casa, el invierno y la llegada de un forastero. Esos elementos contextualizan la economía que seleccionó la raza.

Cossío leyó y heredó físicamente parte del mundo de Pereda, pero vivió ya en otro siglo. Nosotros llegamos después de ambos, con móviles y carreteras, y encontramos todavía vacas. Esa continuidad es más interesante que cualquier sueño de congelar el pasado.

Volver a Peñas arriba significa, por tanto, mirar desde allí hacia el presente. Tablanca no es un museo. Es una pregunta sobre cuánto puede cambiar un territorio sin dejar de reconocerse.

La Tudanca ofrece una respuesta parcial: puede cambiar de oficio, de manejo y de mercado, siempre que no pierda las relaciones que la hacen posible.

43. El museo que cabía en una cuadra

Un inventario de herramientas ganaderas puede parecer un catálogo de objetos muertos. Yugo, collar, campano, guadaña, horca, rastrillo, carro, pesebre. Pero cada pieza sólo se entiende cuando vuelve a una acción. La cultura material es el cuerpo de un conocimiento.

El yugo transmite fuerza. Su madera, forma y ajuste responden a una experiencia acumulada. La coyunda sujeta. El carro transporta. La rueda debe resistir caminos. El campano permite localizar. La guadaña convierte prado en heno. La horca mueve la hierba. Nada fue decorativo cuando estaba en uso.

Las cuadras conservaban este pequeño museo sin saberlo. Herramientas apoyadas en paredes, piezas reparadas, maderas guardadas por si podían servir. La economía campesina tendía a reutilizar porque los recursos costaban. Un objeto gastado podía recibir otra función.

La industrialización sustituyó muchas herramientas por maquinaria. La guadaña dejó paso a segadoras; el carro a remolques; el yugo perdió función. Los objetos abandonaron el trabajo y entraron en museos etnográficos, restaurantes o decoraciones. Ese cambio de contexto puede borrar su significado.

Un yugo colgado en una pared es hermoso, pero no explica por qué tiene esa forma. Para comprenderlo hay que colocarlo sobre una pareja, observar puntos de presión y ver cómo se transmite el esfuerzo. La documentación audiovisual resulta especialmente valiosa para preservar estos conocimientos.

El campano ha tenido una continuidad mayor porque sigue siendo útil en determinados sistemas. Su sonido permite localizar ganado y forma parte de ferias y pasás. Sin embargo, incluso aquí el GPS comienza a ofrecer una alternativa tecnológica. Quizá en el futuro el campano sobreviva más por cultura que por necesidad.

Los invernales y cuadras son cultura material a otra escala. Su posición en el territorio responde a rutas de ganado, disponibilidad de

hierba y necesidad de refugio. Abandonarlos significa perder arquitectura y también información sobre cómo se utilizaba la ladera.

El libro debería fotografiar cada objeto acompañado de manos. Un ganadero explicando un yugo, una mujer mostrando cómo se manejaba la hierba, un artesano hablando del campano. El objeto sin voz se queda a medias.

La conservación etnográfica no obliga a volver a usar tecnologías menos eficientes. Nadie necesita renunciar al tractor para respetar el carro. Basta con documentar correctamente lo que el carro hizo y por qué fue importante.

La Tudanca conecta todos estos objetos. Fue el animal alrededor del cual muchos tuvieron sentido. Cuando se estudia su historia, la cuadra entera empieza a hablar.

44. El futuro tiene cuernos

El futuro de la Tudanca no puede basarse sólo en que nos parezca hermosa. La belleza ayuda a generar orgullo y visibilidad, pero una raza ganadera necesita una estrategia capaz de sostener criadores, territorio y diversidad genética. El desafío es simultáneamente económico, biológico y social.

El primer pilar es la viabilidad de las explotaciones. Si criar Tudancas implica perder dinero de forma permanente, el número de ganaderos disminuirá. Ayudas públicas pueden compensar servicios ambientales y costes de conservación, pero el mercado debe aportar una parte importante mediante carne diferenciada, reproductores y otros productos o actividades compatibles.

El segundo pilar es la genética. Una población aparentemente numerosa puede estrecharse si unos pocos sementales dominan la reproducción. El programa de cría, los controles de filiación y los bancos de germoplasma permiten gestionar ese riesgo. La tecnología seguirá avanzando, probablemente con análisis genómicos más detallados y herramientas de selección que hoy apenas se utilizan en razas pequeñas.

El tercer pilar es el territorio. La Tudanca tiene sentido especial en sistemas extensivos de montaña. Si esos pastos dejan de estar disponibles por abandono, cambios de uso o conflictos de gestión, la raza pierde parte de su ventaja. Las políticas forestales y ganaderas deben conversar.

El cuarto pilar es el relevo. Ningún tanque de semen sustituye a una persona dispuesta a levantarse para atender un parto. Facilitar acceso a tierra, vivienda, formación y servicios rurales es una política de conservación tan importante como cualquier subvención por animal.

El cambio climático añade incertidumbre. Veranos más secos o episodios meteorológicos extremos pueden alterar disponibilidad de pasto y agua. La rusticidad de las razas locales podría ganar valor, pero no conviene prometer invulnerabilidad. También ellas sufrirán nuevas condiciones. Mantener diversidad genética será una forma de preservar

capacidad de respuesta.

La percepción social ofrece una oportunidad. Existe mayor interés por origen de los alimentos, bienestar, extensividad y biodiversidad doméstica. La Tudanca puede ocupar un lugar privilegiado si la comunicación es honesta. No necesita leyendas sobre descendencia directa del uro ni afirmaciones exageradas sobre incendios. Su historia real es suficientemente poderosa.

El turismo y las ferias pueden reforzar reconocimiento, siempre que no conviertan al animal en accesorio. Una visita a una explotación, bien organizada, puede explicar mucho más que un desfile. Ver cómo se produce heno o cómo una vaca cría a su ternero conecta consumo y territorio.

La investigación científica debe continuar. Calidad de carne, eficiencia en pastoreo, emisiones por unidad de producto, comportamiento y genética son campos donde una raza rústica puede aportar información relevante. Conocer mejor no significa industrializar; significa tomar decisiones con más fundamento.

También será necesario aceptar cambios. Quizá aparezcan nuevos modelos de comercialización o tecnologías de vigilancia. La autenticidad no depende de rechazar innovaciones. Una Tudanca con collar GPS sigue siendo Tudanca si el sistema conserva sus rasgos y su función extensiva.

El futuro tiene cuernos porque la raza llegará a él con su forma reconocible, pero no con el mismo mundo de 1947. Los bueyes no volverán a mover el transporte de Santander y nadie debería desearlo. Lo que puede regresar es la conciencia de que eficiencia no significa uniformidad.

La modernidad que casi hizo desaparecer a la Tudanca puede ser la misma que ahora le encuentre valor en aquello que antes parecía atraso: sobriedad, adaptación, diversidad y vínculo territorial.

No se trata de salvar el pasado. Se trata de permitirle descendencia.

PARTE IX — VIDAS DE UNA RAZA

45. El semental

En cualquier población ganadera el semental ocupa un lugar desproporcionado respecto a su número. Una vaca deja, en condiciones normales, un número limitado de crías a lo largo de su vida. Un toro puede ser padre de decenas o centenares, de forma natural o mediante inseminación. Esa diferencia convierte su elección en una de las decisiones más delicadas de la conservación.

En el sistema tradicional, el prestigio de un toro se construía por observación y por la calidad de su descendencia. Los ganaderos preguntaban de qué vaca procedía, cómo era su padre y qué hermanos había producido la familia. El animal debía expresar tipo racial, pero también vigor, buenos aplomos y temperamento manejable. En una raza de montaña, un semental incapaz de desplazarse correctamente tenía poco sentido por muy espectacular que fuese su cabeza.

Los acuerdos de selección promovidos después del Congreso de 1947 reflejan la preocupación por controlar los machos que llegaban a reproducirse. Una mala elección afectaba no a una sola casa, sino potencialmente a muchos rebaños si el toro prestaba servicio en zonas de pastoreo compartido. La regulación de sementales constituye, por tanto, uno de los primeros pasos desde la selección doméstica hacia la selección colectiva.

El manejo de un toro entero exige experiencia. La familiaridad nunca debe confundirse con confianza absoluta. Un animal tranquilo puede reaccionar ante celo, competencia o situaciones de estrés. Las explotaciones actuales incorporan instalaciones y protocolos que reducen riesgos, pero el conocimiento del comportamiento sigue siendo indispensable.

La inseminación artificial cambió radicalmente la escala. Un semental seleccionado puede dejar descendencia en explotaciones alejadas y mucho después de su muerte si existe semen conservado. La ventaja genética es enorme: se aprovechan animales valiosos y se conectan

poblaciones. El peligro, igualmente claro, es utilizar demasiado a unos pocos. Si todo el mundo busca el toro de moda, la consanguinidad futura aumenta.

Por eso en una raza amenazada no siempre interesa el campeón absoluto. Puede ser más valioso un macho correcto que represente una línea escasa. La genética de conservación obliga a pensar en población, no únicamente en individuo.

La valoración moderna combina genealogía, morfología, información de parientes y, cuando el programa lo incorpora, herramientas genéticas. El toro deja de ser únicamente lo que vemos. También es la probabilidad de lo que transmitirá.

Esta idea habría resultado familiar, aunque expresada de otro modo, a un ganadero antiguo. Él también juzgaba un semental por sus hijas. La ciencia ha cambiado el lenguaje, no la pregunta.

Cuando un toro Tudanco adulto se recorta oscuro en el prado, su imagen invita a la contemplación. Para el programa de cría, sin embargo, es algo más serio: una bifurcación del futuro.

46. La madre

Si el semental concentra la genética de muchas descendencias, la vaca concentra la continuidad cotidiana. Es ella quien pare, amamanta y acompaña al ternero durante los primeros meses. En sistemas extensivos, buena parte de la eficiencia de la explotación depende de que la madre haga bien ese trabajo con poca intervención.

La fama maternal de una raza se construye con múltiples caracteres: fertilidad, facilidad de parto, producción suficiente de leche, instinto protector, longevidad y capacidad para recuperar condición. Ninguno de ellos es espectacular por separado, pero juntos determinan si la vaca produce un ternero viable año tras año.

La Tudanca tradicional fue seleccionada bajo condiciones donde una hembra problemática tenía pocas oportunidades de mantenerse. Los recursos de la casa eran limitados. Una vaca que requería atención constante o fallaba repetidamente en la reproducción podía ser sustituida. La rusticidad maternal surgió de esa presión.

El parto sigue siendo el momento crítico. El ganadero observa desde cierta distancia, preparado para intervenir si algo no avanza. La tecnología permite hoy disponer de asistencia veterinaria, ecografía, registros reproductivos y tratamientos que antes no existían. Pero la escena esencial conserva una antigua tensión: saber esperar.

Después del nacimiento, el calostro y la capacidad del ternero para levantarse y mamar son determinantes. Una madre atenta limpia y estimula. En el puerto, además, debe mantener la cría cerca sin aislarse peligrosamente del rebaño.

Las vacas viejas pueden tener un papel de experiencia espacial. Conocen caminos, puntos de agua y zonas de refugio. Aunque no conviene atribuirles una «sabiduría» humana, la memoria animal existe y la edad modifica el comportamiento. Los ganaderos reconocen a menudo hembras que parecen dirigir movimientos del grupo porque son las primeras en tomar determinadas rutas.

La longevidad tiene valor económico y genético. Una vaca que produce muchos terneros amortiza mejor su crianza y ofrece información abundante sobre su capacidad. Sus hijas pueden conservarse con mayor confianza si la familia materna ha funcionado durante años.

En los concursos, la madre puede quedar eclipsada por el semental espectacular. En la explotación ocurre lo contrario. La base de una cabaña son las vacas que cumplen silenciosamente cada temporada.

Si hubiera que elegir una imagen para explicar la Tudanca, quizá bastaría una hembra amamantando a su jato en un prado. No hay carro, no hay premio, no hay laboratorio. Está presente la función más antigua de cualquier raza doméstica: continuar.

47. Agua

Hablar de pastos sin hablar de agua deja incompleto el territorio. Una vaca adulta necesita beber cantidades importantes, variables según temperatura, alimentación, lactación y condiciones ambientales. En montaña, la distribución de fuentes, arroyos y abrevaderos condiciona los movimientos del rebaño tanto como la calidad de la hierba.

Los ganaderos conocen puntos de agua con una precisión que rara vez aparece en mapas turísticos. Saben cuáles aguantan el verano, cuáles se enturbian después de una tormenta y dónde un animal puede quedar atrapado si el terreno se reblandece. Esa geografía hidráulica forma parte del conocimiento del puerto.

En sistemas comunales, mantener abrevaderos puede convertirse en tarea colectiva. Una conducción rota o una fuente cegada afecta a muchas explotaciones. La gestión del agua muestra otra vez que el pastoreo compartido requiere cooperación.

La Tudanca ha sido descrita como adaptada a condiciones difíciles, pero ninguna rusticidad elimina necesidades fisiológicas. Utilizar la palabra «sobria» sin recordar agua y alimento adecuados convierte una virtud en excusa para el abandono. El buen criador distingue perfectamente ambas cosas.

El cambio climático puede aumentar la importancia de esta cuestión. Episodios secos más intensos obligarán a vigilar reservas, cargas ganaderas y distribución del pastoreo. Una raza rústica puede soportar mejor determinadas variaciones, pero no crea agua donde no existe.

Históricamente, fuentes y abrevaderos eran también lugares de encuentro animal. El barro acumulado, la erosión y la presión sobre determinadas zonas muestran cómo una necesidad biológica deja huella física en el paisaje. Gestionar bien esos puntos reduce degradación.

El agua aparece igualmente en el invierno, cuando la nieve y el hielo complican el acceso. Romper una capa helada o asegurar suministro en la cuadra forma parte de tareas que no suelen entrar en la imagen

romántica de la montaña.

Fotografiar una Tudanca bebiendo puede parecer una escena menor. En realidad, cuenta la dependencia básica que une animal y territorio. La raza está adaptada a La Montaña porque generaciones de ganaderos aprendieron dónde podían sostenerla.

El mapa de una cabaña no se dibuja sólo con caminos y prados. También con puntos de agua.

48. El sonido de los campanos

Antes de ver el rebaño se lo escucha. En los puertos, donde el relieve esconde animales a pocos cientos de metros, el sonido permite reconstruir una presencia. Un campano grave puede señalar la posición de una vaca adulta; esquilas más ligeras dibujan movimientos rápidos. El ganadero aprende a leer esa música sin necesidad de convertirla en poesía.

Los instrumentos sonoros cumplen una función práctica: localizar. En vegetación alta, niebla o terreno quebrado, un animal invisible sigue emitiendo información cada vez que mueve la cabeza o camina. El sonido ahorra tiempo de búsqueda.

No todos los animales necesitan llevar el mismo tipo de campano. La elección puede depender de costumbre, jerarquía, edad y preferencia del dueño. En ciertos rebaños una vaca de referencia porta una pieza más reconocible. Las combinaciones producen una firma sonora.

El collar y el campano constituyen además artesanía. Materiales, tamaño, badajo y forma influyen en el timbre. Un buen ganadero puede distinguir piezas por sonido sin verlas. Esa capacidad convierte el oído en herramienta profesional.

Las celebraciones contemporáneas han transformado el campano en símbolo. En la pasá, centenares de sonidos rebotan entre fachadas y producen un efecto emocional enorme. Lo que en el puerto era información se convierte en ceremonia pública.

Existe un riesgo en esa transformación: escuchar sólo folclore. El campano no nació para ambientar una fiesta. Nació porque había que encontrar ganado. Recordar la función protege el símbolo de convertirse en decoración vacía.

La tecnología ofrece hoy alternativas. Collares GPS y localizadores permiten seguir animales con una precisión que el sonido no puede igualar. Sería absurdo rechazarlos por nostalgia. Pueden mejorar seguridad y reducir horas de búsqueda.

Quizá durante años convivan ambos sistemas: el mapa digital en el teléfono y el campano en la vaca. Esa superposición resume la Tudanca contemporánea mejor que muchas fotografías. Tecnología y tradición no son necesariamente enemigas cuando cumplen funciones complementarias.

El sonido posee, sin embargo, una ventaja que ningún punto en una pantalla ofrece: convierte la presencia del ganado en parte sensible del paisaje. Allí donde se oyen campanos sabemos que todavía hay animales moviéndose.

Por eso el epílogo de este libro los escucha desaparecer detrás de una loma. No como nostalgia, sino como prueba de vida.

49. El monte de todos

Los pastos comunales son uno de los elementos más difíciles de explicar a una sociedad acostumbrada a imaginar la propiedad como una parcela individual con dueño preciso. En la montaña, numerosos recursos históricos se organizaron mediante derechos colectivos, turnos, ordenanzas y acuerdos entre pueblos. El monte «de todos» nunca significó monte sin reglas.

La Mancomunidad Campoo-Cabuérniga representa uno de los ejemplos más notables. Los acuerdos documentados desde finales del siglo XV muestran una negociación prolongada sobre quién podía utilizar determinados pastos, en qué condiciones y en qué época. La institución sobrevivió a cambios de monarquía, reformas administrativas y transformaciones económicas porque resolvía un problema real: compartir un recurso grande y estacional.

El ganado necesita espacio que una pequeña propiedad privada no siempre puede ofrecer. Los puertos comunales permiten que muchas explotaciones liberen sus prados de siega durante el verano. A cambio, deben aceptar normas comunes. La libertad del rebaño se sostiene sobre disciplina humana.

Las fechas de entrada y salida pueden ser especialmente sensibles. Subir demasiado pronto perjudica la recuperación del pasto; quedarse demasiado tiempo compromete el recurso y puede aumentar conflictos. Los acuerdos convierten biología vegetal en calendario jurídico.

También existe la cuestión del número de animales. Una carga excesiva beneficia a quien introduce más ganado a corto plazo, pero degrada el recurso compartido. La gestión comunal necesita mecanismos para evitar esa tragedia de aprovechamiento. Las ordenanzas tradicionales fueron, en esencia, herramientas de sostenibilidad antes de que la palabra adquiriera su sentido actual.

Los cambios demográficos alteraron el equilibrio. Menos ganaderos pueden reducir presión, pero también debilitar la capacidad colectiva

para mantener caminos, cierres y abrevaderos. El abandono no equivale automáticamente a mejora ambiental; produce un paisaje diferente.

La Tudanca encaja bien en los comunales porque fue seleccionada para desplazarse y aprovechar pastos extensivos. Su conservación encuentra allí uno de sus escenarios más coherentes. Sin embargo, el futuro de estos espacios depende de acuerdos actualizados a la realidad contemporánea.

La presencia de otros usos —forestales, recreativos, turísticos o de conservación— obliga a negociar. Senderistas, bicicletas, fauna silvestre y ganado comparten territorio. El conflicto no es señal de fracaso; es consecuencia de que el monte sigue teniendo valor.

La historia enseña precisamente a negociar. Si generaciones anteriores fueron capaces de construir normas para compartir Sejos, las actuales pueden adaptar el sistema sin convertirlo en reliquia.

El monte de todos es también el lugar donde se demuestra que una raza doméstica puede ser patrimonio colectivo aunque cada vaca tenga propietario.

50. La Tudanca de la posguerra

El Congreso de 1947 no puede comprenderse separado de la España en la que se celebró. La posguerra estuvo marcada por escasez, intervención económica, dificultades de abastecimiento y una agricultura que en amplias zonas conservaba tecnologías tradicionales. En ese contexto, la fuerza animal seguía siendo un recurso estratégico.

Una pareja de bueyes no era una curiosidad etnográfica. Era capacidad de trabajo. Podía mover madera, transportar cargas y realizar labores que de otro modo exigirían un esfuerzo humano enorme. De ahí que los criadores insistieran en conservar cualidades de arrastre cuando discutían la mejora de la Tudanca.

La alimentación animal también estaba condicionada por la escasez. Mejorar el manejo invernal, como proponían técnicos y criadores, no resultaba sencillo en explotaciones con poco excedente. La sobriedad racial seguía teniendo un valor práctico inmediato.

Los mercados sufrían regulaciones y la movilidad de productos estaba marcada por la política económica del momento. El ganado representaba una reserva de valor relativamente tangible. Una vaca podía criar; un buey podía trabajar; un animal podía venderse ante una necesidad.

Las familias rurales combinaban autoconsumo y mercado. No vivían fuera de la economía nacional, pero su capacidad para producir parte del alimento y energía doméstica amortiguaba algunos riesgos. La Tudanca formaba parte de esa seguridad.

Al mismo tiempo, el país empezaba a transformarse. La electrificación, mejora de carreteras y futura industrialización acabarían modificando la relación entre campo y ciudad. En 1947 todavía no era evidente la velocidad con la que ocurriría.

Por eso las conclusiones del Congreso tienen un tono casi crepuscular visto desde hoy. Los asistentes planifican un futuro de bueyes mejorados justo antes de que la mecanización haga innecesario gran parte de ese esfuerzo. No estaban equivocados según su presente; el presente cambió.

Esta lección histórica evita juzgar el pasado con superioridad. Las decisiones ganaderas son racionales dentro de condiciones concretas. Lo que hoy parece obsoleto pudo ser la mejor opción disponible.

La Tudanca de posguerra era una herramienta de supervivencia económica. La Tudanca patrimonial llegaría después, cuando la abundancia de motores permitiera mirar hacia atrás.

51. Los años del desarrollo

Durante las décadas de 1950 y 1960 España cambió de ritmo. El crecimiento industrial, las migraciones interiores, la expansión del automóvil y la mecanización agraria alteraron en pocos años estructuras que habían durado generaciones. La Montaña participó de ese proceso con sus propias particularidades: industria en Torrelavega y Santander, conexiones con el País Vasco y salida de población desde los valles.

Para una familia ganadera, la modernización podía llegar en forma de carretera mejorada, tractor compartido, empleo industrial para un hijo o posibilidad de vender leche a una industria. Cada novedad reorganizaba el cálculo doméstico.

El buey perdió valor más deprisa cuanto más accesible resultaba la maquinaria. Criarlo durante años para trabajo dejaba de tener sentido si un tractor podía comprarse, alquilarse o contratarse. La desaparición de la demanda redujo inmediatamente el incentivo para producir machos de ese tipo.

La vaca también entró en competencia. La expansión de la ganadería lechera especializada premió animales capaces de producir mucho más volumen. Allí donde existían buenas comunicaciones y recogida regular, el modelo resultaba atractivo.

Las cuadras se transformaron. Nuevos materiales, sistemas de ordeño y alimentación alteraron espacios domésticos. La vieja integración casa-cuadra-pajar fue perdiendo funcionalidad en explotaciones que buscaban mayor escala.

La emigración completó el cambio. Un salario industrial ofrecía regularidad mensual frente a ingresos ganaderos inciertos. Para muchos jóvenes, marcharse no significó despreciar el pueblo; significó aprovechar una oportunidad que sus padres nunca tuvieron.

El resultado para la Tudanca fue una reducción simultánea de funciones y criadores. El sistema económico que la había seleccionado se deshacía desde varios frentes.

Sin embargo, algunas explotaciones mantuvieron la raza porque seguía ajustándose bien a montes y pastos donde la intensificación tenía límites. Esa persistencia fue decisiva. Si todos hubieran cambiado al mismo tiempo, la conservación posterior habría llegado demasiado tarde.

Los años del desarrollo muestran que una raza puede entrar en peligro sin sufrir ninguna catástrofe. Basta con que el mundo encuentre alternativas más rentables a cada una de sus funciones.

La supervivencia depende entonces de descubrir un valor nuevo antes de que desaparezca la población que encarna el antiguo.

52. Los bueyes que cruzaron la montaña

La fama del buey Tudanco no quedó encerrada en la provincia de Santander. La documentación histórica recogida por los criadores recuerda demanda de parejas hacia zonas de Vizcaya, Burgos, Palencia y otros territorios próximos. La geografía del mercado seguía corredores donde la fuerza animal era necesaria.

El comprador de fuera no adquiría identidad regional; adquiría rendimiento. Si elegía Tudancos era porque esperaba resistencia, agilidad y capacidad de trabajo. Esa demanda exterior constituye una de las mejores pruebas de que la reputación racial tuvo fundamento económico.

Los animales viajaban por caminos y ferias, a veces después de ser adiestrados en su lugar de origen. Con ellos viajaban técnicas de manejo y opiniones sobre la raza. Un buey que respondía bien se convertía en publicidad viviente.

La expansión hacia áreas castellanas tiene además sentido geográfico. Las rutas entre costa y meseta mantenían intercambios continuos de mercancías y ganado. La montaña no era un mundo aislado; estaba conectada por movilidad lenta pero constante.

La pareja vendida fuera podía no dejar descendencia, puesto que el buey estaba castrado. Su importancia para la difusión genética era menor que la de vacas o sementales, pero su papel en la fama comercial resultaba enorme. La marca «Tudanco» se construyó en parte sobre animales que, paradójicamente, no podían reproducirse.

Esa circunstancia explica el impacto de la mecanización. Cuando desapareció el mercado de bueyes, la raza perdió no sólo una función, sino uno de sus mejores escaparates exteriores. Su nombre tuvo que reconstruirse alrededor de otros valores.

Hoy sería posible recuperar demostraciones de trabajo con parejas por interés cultural, siempre bajo criterios modernos de bienestar y sin fingir que se trata de una alternativa productiva real. El objetivo sería documentar técnicas antes de que nadie pueda enseñarlas.

Ver una pareja Tudanca bajo el yugo permitiría comprender el cuerpo de la raza de una manera que la feria estática no ofrece. Cada paso explicaría por qué durante generaciones se valoraron determinados caracteres.

Los bueyes cruzaron la montaña porque eran útiles. Su memoria sigue cruzándola porque explica quién fue la Tudanca antes de convertirse en patrimonio.

53. Cruzar o conservar

El cruzamiento es una herramienta ganadera tan antigua como la selección. Combinar razas puede producir heterosis, mejorar crecimiento o adaptar un producto a las demandas del mercado. Para una explotación individual, utilizar un semental de otra raza puede ser una decisión perfectamente racional.

El problema aparece cuando la población local es pequeña. Si una proporción elevada de hembras se cruza cada año, nacen menos reemplazos puros. En pocas generaciones el núcleo racial puede reducirse de manera irreversible.

La Tudanca vivió esa tensión durante el siglo XX. La búsqueda de mayor producción cárnica o lechera favoreció cruces con razas especializadas. Desde el punto de vista económico inmediato podían resultar atractivos. Desde el punto de vista patrimonial, aceleraban la erosión.

La solución moderna no consiste en prohibir toda estrategia comercial, sino en garantizar un núcleo suficiente de reproducción pura. El libro genealógico, los incentivos y el mercado diferenciado ayudan a que conservar también sea una opción económicamente razonable.

La pureza racial, además, no significa ausencia absoluta de mezcla histórica. Ninguna población doméstica europea se ha formado en aislamiento perfecto. El concepto moderno define una comunidad reproductiva gestionada con criterios determinados, no una esencia biológica inmutable.

Esta precisión es importante para evitar discursos exagerados. La Tudanca es valiosa por su combinación histórica y su diversidad, no por una supuesta «pureza milenaria» imposible de demostrar.

La genética moderna puede detectar parentescos y aportar información sobre estructura poblacional, pero la decisión de conservar sigue siendo social. Una raza existe porque una comunidad acuerda reproducirla como tal.

Cruzar o conservar no siempre son opciones enemigas dentro de una misma explotación. Puede haber líneas puras destinadas a reposición y otros animales orientados a cruces terminales, siempre que el programa y la normativa lo permitan. La clave es que la población de raza pura no quede subordinada hasta desaparecer.

El futuro de la Tudanca dependerá de que ser Tudanca tenga valor suficiente para justificar seguir siéndolo.

54. Una cifra con fecha

Cuando se habla del censo actual de la Tudanca hay una norma básica: escribir la fecha. Los registros oficiales se actualizan y una cifra sin año se convierte rápidamente en dato engañoso. La conservación debe medirse como tendencia, no como número grabado en piedra.

El sistema ARCA del Ministerio de Agricultura concentra la información oficial sobre razas ganaderas y permite consultar censos, distribución y reglamentación. La mayor parte de la población Tudanca se encuentra en Cantabria, con presencia menor en territorios vecinos.

La situación contemporánea es mucho mejor que la de los momentos más críticos del siglo XX, pero la raza continúa requiriendo protección y gestión. Una recuperación numérica no elimina automáticamente riesgos de consanguinidad, cierre de explotaciones o pérdida de territorio.

El número de ganaderías puede ser tan revelador como el de animales. Si muchas explotaciones pequeñas mantienen la raza, existe una red amplia pero también vulnerable a jubilaciones. Si el ganado se concentra en pocas empresas grandes, aumenta la eficiencia de gestión pero se pierde resiliencia social. El equilibrio no es sencillo.

La distribución geográfica importa igualmente. Mantener núcleos en distintas comarcas conserva adaptación y tejido cultural. Una raza reducida a un único valle sería más vulnerable a crisis sanitarias o cambios territoriales.

Los censos históricos sirven como advertencia. En 1947 había muchas más Tudancas que hoy, pero eso no significaba que estuvieran protegidas. Su abundancia dependía de una función económica que podía desaparecer, y desapareció. La seguridad no procede sólo del número.

Hoy la situación es casi inversa: menos animales, pero mayor conciencia institucional. Existe programa de cría, asociación, germoplasma y reconocimiento público. La raza está mejor defendida aunque sea numéricamente menor que en su época de trabajo.

El objetivo no debería ser volver a una cifra histórica por orgullo. Debería ser mantener una población suficientemente grande y diversa dentro de explotaciones viables y compatibles con el territorio disponible.

Una cifra con fecha es información. Una cifra convertida en mito es propaganda. La Tudanca merece lo primero.

55. El logotipo y la mesa

El logotipo 100 % Raza Autóctona responde a un problema contemporáneo: el consumidor no puede reconocer genéticamente una carne al mirarla. Si la conservación depende en parte de pagar un valor añadido por productos de raza, hace falta un sistema que vincule etiqueta y origen.

La identificación oficial permite que la palabra «Tudanca» no sea sólo un reclamo comercial. Detrás debe existir trazabilidad, animales inscritos y condiciones establecidas. Esa garantía protege al consumidor y, sobre todo, al criador que asume el coste de mantener pureza.

La mesa se convierte así en una parte de la política de conservación. Elegir un producto correctamente identificado puede contribuir a sostener demanda. Pero el argumento debe comunicarse con cuidado: no se trata de consumir más carne en abstracto, sino de valorar una producción concreta y conocer su procedencia.

La gastronomía regional ofrece un escenario favorable. Cocineros y restaurantes pueden contar la raza, utilizar distintos cortes y evitar que sólo las piezas más nobles concentren valor. La cocina de guiso resulta especialmente adecuada para animales adultos y permite aprovechar canales de manera integral.

La maduración requiere conocimiento. Una carne de vaca o buey no se comporta igual que una ternera joven. El carnicero tiene un papel tan importante como el cocinero. La cadena de calidad continúa después de la granja.

Existe también el peligro de utilizar la palabra «buey» de forma imprecisa. El verdadero buey es un macho castrado criado durante años. Su carne puede alcanzar precios elevados precisamente porque producirlo cuesta tiempo. Utilizar el término para cualquier vacuno adulto perjudica la transparencia.

La Tudanca puede construir una reputación gastronómica sólida si evita exageraciones. No necesita ser «la mejor carne del mundo».

Necesita ser buena, trazable y coherente con un sistema de cría que el consumidor comprenda.

En ese punto, la mesa completa una historia que comenzó en el puerto. El animal aprovecha pasto, la explotación obtiene renta y el consumidor participa indirectamente en la conservación.

El logotipo es pequeño. Lo que intenta proteger es enorme.

56. Los que todavía no han nacido

Todo libro sobre una raza amenazada termina hablando de animales futuros. Los que todavía no han nacido son, en realidad, el objetivo de cada programa de conservación. El éxito no consiste en fotografiar perfectamente las vacas actuales, sino en lograr que dentro de cincuenta años siga existiendo una población reconocible, diversa y útil.

Eso exige decisiones que no siempre producen resultados inmediatos. Guardar semen de un semental poco utilizado puede parecer poco importante hoy y resultar decisivo décadas después. Conservar una novilla de una línea rara puede aportar diversidad a la siguiente generación. Mantener un puerto abierto evita que se pierda un sistema de manejo.

Los jóvenes ganaderos ocupan el centro de esa continuidad. Heredan animales y conocimientos, pero también problemas que sus abuelos no tuvieron: burocracia europea, mercados globales, precios de combustible, presión turística, cambios climáticos. No puede pedírseles que conserven por puro deber moral.

La sociedad debe decidir cuánto valora los servicios que una raza autóctona presta más allá del producto: diversidad genética, mantenimiento de actividad rural, paisaje cultural y conocimiento. Parte de ese valor puede expresarse mediante ayudas públicas; otra parte, mediante mercado.

La educación también importa. Un niño que ve una pasá quizá no se convierta en ganadero, pero puede crecer entendiendo por qué una vaca local merece conservación. El apoyo social se construye mucho antes de una decisión de compra.

La investigación tendrá que responder nuevas preguntas. ¿Cómo se comporta la Tudanca bajo veranos más secos? ¿Qué líneas muestran mayor eficiencia? ¿Puede su rusticidad ayudar en modelos de menor dependencia de insumos? ¿Cómo mantener diversidad sin frenar mejora productiva?

Nada garantiza el futuro. Precisamente por eso se conserva. Un banco de germoplasma es una apuesta contra incertidumbres que no podemos nombrar. Una raza diversa ofrece opciones.

La Tudanca sobrevivió a la desaparición de su principal oficio. Esa experiencia demuestra una capacidad cultural de reinvención que puede repetirse. El futuro quizá valore caracteres que hoy consideramos secundarios.

Cuando un ganadero decide qué novilla guardar está tomando una decisión pequeña dentro de una historia enorme. No sabe cómo será el mercado dentro de veinte años. Sólo sabe que, si nadie guarda ninguna, no habrá futuro que discutir.

Los animales que todavía no han nacido son la última razón para escribir este libro.

APÉNDICES — MEMORIA, LÉXICO Y DOCUMENTACIÓN

Apéndice I. Cronología esencial de la Tudanca

La cronología de una raza ganadera no comienza en un año exacto. Mucho antes de que aparezcan estudios científicos, existen poblaciones locales seleccionadas por campesinos y adaptadas a territorios concretos. Por esa razón, cualquier línea temporal debe distinguir entre la larga formación histórica de la Tudanca y los hitos documentales de su reconocimiento moderno.

SIGLOS ANTERIORES AL XIX. En los valles y montañas del territorio histórico de La Montaña se desarrollan sistemas ganaderos extensivos basados en aprovechamientos comunales, movimientos estacionales y uso de bovinos para trabajo, cría y otros productos. La población que más tarde será denominada Tudanca se forma dentro de esta economía. No existe todavía un libro genealógico ni un estándar racial moderno.

1497 Y LA MEMORIA DE LOS PASTOS COMUNALES. La documentación sobre acuerdos de aprovechamiento en el ámbito de Campoo-Cabuérniga muestra la antigüedad de instituciones pastoriles vinculadas a los puertos. No significa que la raza Tudanca estuviera definida entonces en términos modernos, pero sí prueba la larga historia del sistema territorial en el que posteriormente tendrá especial presencia.

FINALES DEL SIGLO XIX. José María de Pereda publica Peñas arriba en 1895 y convierte Tudanca en la Tablanca literaria. La novela no es un tratado ganadero, pero fija una de las grandes imágenes culturales del mundo montañés que rodeará simbólicamente a la raza.

COMIENZOS DEL SIGLO XX. Se intensifican los estudios zootécnicos sobre razas españolas. La Asociación Nacional sitúa en 1913 trabajos de Santiago Enríquez entre los primeros estudios monográficos modernos de la Tudanca. Medición, descripción morfológica y comparación comienzan a formalizar aquello que el ganadero conocía por experiencia.

PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. La raza mantiene gran importancia como animal de trabajo. Bueyes Tudancos son demandados dentro y fuera de la provincia para arrastre y carretería. Al mismo tiempo, la

modernización de transportes y agricultura comienza a anunciar el cambio que terminará reduciendo esa función.

9 DE FEBRERO DE 1947. Se celebra en Torrelavega el Primer Congreso de Criadores de Ganado Tudanco. Las conclusiones defienden la rusticidad y adaptación de la raza y proponen mejorar conformación conservando cualidades para el trabajo de arrastre. Se plantean medidas de selección de sementales, alimentación y organización. Es el gran documento de la Tudanca todavía concebida como fuerza.

1947. Las cifras censales difieren según fuentes. La Asociación Nacional ha difundido una referencia próxima a 80.000 cabezas, mientras estudios académicos basados en bibliografía histórica ofrecen 61.785. La discrepancia debe mantenerse abierta hasta revisar en profundidad las fuentes censales originales y sus criterios.

1951. Se constituye la Junta de Criadores de Ganado Vacuno Tudanco. La organización de la selección gana formalidad. La revisión de sementales y el control de reproductores en los puertos intentan orientar la mejora colectiva.

DÉCADAS DE 1950 Y 1960. La mecanización agraria y del transporte avanza. El tractor y el camión reducen la necesidad de bueyes. La especialización lechera favorece razas de mayor producción. Se intensifica la salida de población rural hacia centros industriales y urbanos.

DÉCADA DE 1970. El descenso de efectivos se hace evidente. En torno a 1977 distintas fuentes sitúan la población aproximadamente entre 17.000 y 20.000 animales. La Tudanca deja de ser sólo una raza en transformación productiva y comienza a percibirse como patrimonio en riesgo.

1977-1978. Se articula la Asociación Nacional de Criadores de Ganado Vacuno de Raza Tudanca dentro del nuevo marco asociativo. En 1978 se formaliza un prototipo racial y estructuras de registro selecto. Empieza la etapa moderna de conservación organizada.

1975-1977. En paralelo, José María de Cossío acuerda en 1975 la cesión de la Casona de Tudanca y sus colecciones a la Diputación Provincial de Santander. Muere en 1977. La coincidencia temporal es simbólicamente poderosa: mientras se protege la memoria escrita de la

Casona, la raza entra también en una fase decisiva de protección.

DÉCADAS DE 1980 Y 1990. Se consolidan registros, concursos y políticas de conservación de razas autóctonas. La orientación cárnica gana importancia a medida que la función de trabajo desaparece por completo. La Tudanca participa de programas públicos y privados destinados a evitar la pérdida de diversidad.

1997. Se publica La vaca tudanca y su pastoreo de José María de Cossío, recuperando un texto que reúne observación cultural y atención a la raza. La publicación refuerza la dimensión intelectual y patrimonial de la Tudanca.

FINALES DEL SIGLO XX Y COMIENZOS DEL XXI. Avanzan los estudios genéticos de razas bovinas ibéricas y se incorporan técnicas de control de filiación. Los bancos de germoplasma ofrecen una seguridad adicional frente a pérdida de líneas.

2010-2020. La producción de carne de razas autóctonas recibe mayor atención científica y comercial. Se desarrollan análisis específicos sobre calidad de carne Tudanca y efectos del sistema de alimentación. La raza participa en esquemas de calidad y diferenciación.

19 DE JUNIO DE 2020. El Ministerio de Agricultura aprueba el Programa de Cría de la raza bovina Tudanca y el programa de difusión de la mejora, dentro del marco legislativo moderno para razas puras.

ACTUALIDAD. La raza continúa concentrada principalmente en Cantabria, con presencia en territorios vecinos. Los censos oficiales muestran una población que ha superado la fase más crítica de décadas anteriores, aunque la conservación sigue requiriendo atención a diversidad genética, rentabilidad y relevo generacional.

FUTURO. El éxito no se medirá únicamente por número de animales. Habrá que observar también cuántos ganaderos continúan, qué diversidad genética se mantiene, cuánto territorio extensivo sigue utilizándose y si el mercado reconoce el valor añadido de una raza autóctona.

Apéndice II. Palabras de la Tudanca

Este glosario no pretende fijar de manera definitiva el habla de todas las comarcas. Muchas voces cambian de matiz entre valles y generaciones. Debe entenderse como punto de partida para una recopilación oral más amplia.

BRAÑA. Espacio de pasto de montaña, a menudo de aprovechamiento estacional. Su significado exacto varía según territorio. En el mundo Tudanco remite a la organización vertical de los recursos y al desplazamiento del ganado.

PUERTO. Pastos altos utilizados durante la buena estación. No se refiere únicamente a un paso entre montañas. Puede designar un amplio espacio ganadero comunal con derechos y calendarios de uso.

SEJOS. Gran espacio pastoril de la Mancomunidad Campoo-Cabuérniga, convertido en uno de los símbolos geográficos de la raza. Su historia está ligada a aprovechamientos comunales de larga duración.

INVERNAL. Edificación o conjunto funcional asociado a prados y manejo del ganado, situado fuera del núcleo principal de habitación en numerosas zonas del occidente. Puede servir para almacenar hierba y refugiar animales, dentro de una estrategia de aprovechamiento de laderas.

MUDA. Movimiento estacional del ganado hacia determinados pastos, especialmente utilizado en la memoria de la subida a Sejos. La palabra convierte desplazamiento en calendario.

PASÁ. Paso colectivo del ganado por una localidad o camino; en celebraciones contemporáneas designa especialmente el desfile que evoca antiguos movimientos de rebaños.

JATO. Ternero. Voz de uso tradicional muy extendida en La Montaña. Su presencia en el lenguaje recuerda la centralidad de la cría dentro de la explotación familiar.

NOVILLA. Hembra bovina joven que todavía no ha completado la trayectoria reproductiva de una vaca adulta. La decisión de guardarla

como reposición es uno de los actos clave de selección.

VACA. Hembra adulta. En la cultura ganadera el término nunca es completamente genérico: cada vaca tiene edad, filiación, carácter, historial de partos y valor distinto.

TORO. Macho entero destinado potencialmente a reproducción. En una raza de conservación, su elección tiene enorme importancia genética porque puede producir gran número de descendientes.

BUEY. Macho bovino castrado, históricamente criado para trabajo de tiro y arrastre. La fama del buey Tudanco constituye uno de los capítulos centrales de la historia racial.

SEMENTAL. Reproductor macho seleccionado. En la etapa moderna su uso se planifica mediante genealogía y criterios de diversidad.

YUGO. Pieza, generalmente de madera, que permite uncir una pareja de bovinos y transmitir su fuerza al carro o apero. Su forma responde a tradiciones técnicas regionales.

COYUNDA. Elemento de sujeción empleado para fijar los animales al yugo. La terminología y materiales concretos pueden variar.

CARRO. Vehículo tradicional de tracción animal. En la historia de la Tudanca es inseparable de la carretería y del transporte antes de la generalización del motor.

CARRETERO. Persona que conduce el carro y conoce animales, caminos, cargas y aparejos. El oficio desapareció casi por completo con la motorización.

CAMPANO. Cencerro de gran tamaño o sonoridad utilizado en el ganado. Ayuda a localizar animales y posee una importante dimensión cultural y festiva.

CENCERRO / ESQUILA. Instrumentos sonoros colocados en el cuello del ganado. Los límites terminológicos pueden variar localmente según forma y tamaño.

COLLAR. Pieza que sostiene campano o esquila. Tradicionalmente puede estar elaborado en materiales diversos y constituir también objeto artesanal.

PAJAR. Espacio donde se almacena hierba seca. En la economía antigua funciona como reserva energética del invierno.

HENO. Hierba segada, secada y conservada para alimentación. «Hacer

la hierba» es una de las operaciones fundamentales del calendario ganadero.

GUADAÑA. Herramienta manual de siega. Su manejo requiere técnica y fue esencial antes de la mecanización.

HORCA / HORQUILLA. Herramienta utilizada para mover, voltear o cargar hierba y otros materiales. El tamaño y la forma dependen del uso.

PRADO. Superficie herbácea manejada para pastoreo o siega. Muchos prados actuales son paisajes culturales mantenidos por generaciones de trabajo.

PASTO COMUNAL. Recurso ganadero utilizado por una comunidad según normas y derechos compartidos. Su funcionamiento requiere regulación, no ausencia de propiedad.

MANCOMUNIDAD. Institución de gestión compartida entre territorios o municipios. La de Campoo-Cabuérniga constituye un caso histórico de enorme relevancia para el pastoreo.

SEL. Término ganadero de larga historia en el norte peninsular, vinculado a espacios de estancia o refugio de ganado y a formas de organización del territorio. Su significado concreto exige atención histórica y local.

CAPA. Conjunto de coloración del pelo. En la Tudanca presenta variaciones según sexo, edad y características individuales.

JOSCA. Denominación tradicional aplicada a una de las variantes de capa de las hembras Tudancas. Conviene registrar su uso exacto con criadores de distintas zonas.

TASUGA. Otra denominación tradicional de capa. Forma parte del rico vocabulario cromático de la raza.

AVELLANA. Término utilizado para tonalidades pardas o avellanadas dentro de las capas femeninas. La percepción puede variar según luz y estación.

ESTORNEJADA. Término técnico utilizado para describir la disposición característica de la cornamenta, con trayectoria que cambia desde su nacimiento hasta abrirse y elevarse.

APLOMOS. Relación y corrección funcional de las extremidades. En una raza de montaña y antiguo trabajo, buenos aplomos son esenciales para movimiento y longevidad.

LÍNEA DORSAL. Perfil superior del tronco y también zona donde pueden apreciarse diferencias de coloración. En el macho oscuro la claridad dorsal puede resultar visualmente llamativa.

RUSTICIDAD. Capacidad de desenvolverse en ambientes y sistemas poco intensivos, utilizando recursos locales y soportando condiciones difíciles. No significa ausencia de cuidados.

SOBRIEDAD. Cualidad tradicionalmente atribuida a la Tudanca para aprovechar recursos modestos. En lenguaje moderno debe entenderse dentro de requerimientos nutricionales reales y buen manejo.

LIBRO GENEALÓGICO. Registro oficial de animales de la raza y sus filiaciones. Es la memoria documental que permite gestionar parentesco y selección.

FILIACIÓN. Identificación de padre y madre. Puede basarse en registros y comprobarse mediante marcadores genéticos.

GERMOPLASMA. Material biológico reproductivo conservado para mantener diversidad genética: semen, embriones u otros recursos según programas.

100 % RAZA AUTÓCTONA. Logotipo y esquema oficial destinado a identificar productos procedentes de razas autóctonas reconocidas que cumplen sus condiciones de uso.

TUDANQUERO. Voz coloquial útil para referirse a criadores y aficionados estrechamente vinculados a la raza. Más que una categoría administrativa, expresa pertenencia a una comunidad ganadera.

Apéndice III. Cómo reconocer una Tudanca

Reconocer una raza exige mirar el conjunto antes que el detalle. La Tudanca presenta un tipo armónico, de tamaño medio y clara aptitud para desplazarse en montaña. El observador principiante suele fijarse primero en la cornamenta y el color; el criador mira también proporciones, movimiento, aplomos, cabeza y condición.

CABEZA. La cabeza es expresiva y relativamente fina en relación con la rusticidad del conjunto. La pigmentación alrededor del morro y otros contrastes ayudan a crear la apariencia característica. Los ojos transmiten una viveza que muchos ganaderos destacan al hablar del temperamento.

CORNAMENTA. Es uno de los rasgos más reconocibles. El estándar describe cuernos de desarrollo y disposición característica, estornejados, cuya trayectoria se modifica desde la base. La forma debe juzgarse en relación con sexo y edad.

CUELLO Y TRONCO. La estructura debe ser funcional, sin exageraciones. El macho adulto presenta mayor desarrollo y expresión sexual que la hembra. La Tudanca no tiene la masa extrema de razas cárnicas especializadas; su conformación histórica responde a movilidad y trabajo.

CAPA DE LOS TERNEROS. Los animales nacen con tonalidades rojizas. Este carácter sorprende porque el adulto puede ser mucho más oscuro. La evolución del pelo forma parte normal del desarrollo.

CAPA DE LAS HEMBRAS. Existe una gama tradicional de capas que incluye denominaciones como tasuga, josca y avellana. La variedad no debe interpretarse como falta de identidad racial; está integrada en ella.

CAPA DEL MACHO. El toro adulto tiende a oscurecer notablemente y puede presentar una apariencia casi negra. El contraste con la hembra constituye un marcado dimorfismo sexual.

LÍNEA DORSAL Y ZONAS CLARAS. Determinados contrastes de pigmentación contribuyen al aspecto característico. La observación debe

hacerse con luz natural y teniendo en cuenta el pelo estacional.

EXTREMIDADES. Son esenciales. Una raza seleccionada para montaña y antiguo arrastre necesita buena funcionalidad locomotora. Aplomos defectuosos comprometen longevidad y desplazamiento, aunque el resto del animal sea atractivo.

MOVIMIENTO. La Tudanca debe observarse caminando. El movimiento muestra defectos que una postura estática oculta y permite apreciar la agilidad que históricamente se le atribuye.

UBRE Y CAPACIDAD MATERNAL. En las hembras reproductoras importa la funcionalidad de la ubre y la capacidad de criar. La selección conservacionista no puede limitarse a estética.

DIMORFISMO SEXUAL. Machos y hembras adultos presentan diferencias claras de tamaño, desarrollo y capa. Compararlos como si fueran versiones idénticas conduce a errores.

TEMPERAMENTO. La raza es viva y adaptada a sistemas extensivos. Un animal acostumbrado al puerto puede reaccionar de manera distinta en una manga o recinto ferial. El manejo debe respetar su comportamiento.

EDAD. La apariencia cambia mucho. Los cuernos crecen, la capa evoluciona y el cuerpo se desarrolla. Para juzgar correctamente hace falta saber qué etapa se observa.

CONDICIÓN CORPORAL. Una vaca al final del invierno, otra en pleno verano y una recién parida pueden presentar estados distintos sin que ello defina por sí solo su calidad racial. La condición debe interpretarse dentro del manejo.

PUREZA RACIAL. La apariencia ayuda, pero en un programa moderno la pertenencia al libro genealógico y la filiación aportan garantías que el ojo no puede ofrecer por sí solo. Un animal puede parecer Tudanco y no tener genealogía documentada; otro puede expresar variaciones aceptables dentro de una línea pura.

EL ERROR MÁS COMÚN. Buscar una «Tudanca perfecta» como si existiera un molde. Una raza es una población. El estándar orienta, pero la diversidad interna forma parte de su salud genética.

LA MEJOR MANERA DE APRENDER. Ver muchos animales junto a criadores experimentados. Ningún texto sustituye una mañana de feria y,

sobre todo, varias horas observando un rebaño en su sistema de explotación.

Apéndice IV. Fuentes, método y cautelas

Este libro se ha concebido como homenaje literario apoyado en documentación histórica y técnica. Su objetivo no es sustituir un tratado de zootecnia ni una monografía académica, pero sí evitar que la emoción se construya sobre afirmaciones dudosas. Por esa razón se han seguido varios criterios.

PRIMERO: distinguir tradición de evidencia. La comparación entre la Tudanca y el uro posee una larga historia cultural y morfológica, pero no debe convertirse en una afirmación simplista de descendencia directa exclusiva. La domesticación bovina europea y la formación de razas son procesos complejos.

SEGUNDO: mantener visibles las discrepancias censales. Para 1947 circulan cifras distintas. Una obra de homenaje no gana credibilidad eligiendo la más espectacular. El dato debe citarse con procedencia y contexto.

TERCERO: evitar presentar la literatura como documento objetivo. Peñas arriba ayuda a comprender una representación cultural de la montaña, no puede utilizarse como registro exacto de cada práctica campesina.

CUARTO: separar memoria y cita literal. Los testimonios orales que se incorporen en futuras ediciones ilustradas deberán identificarse con nombre, fecha y lugar de entrevista siempre que los informantes lo autoricen. No se han inventado diálogos para dar color al texto.

QUINTO: utilizar fuentes oficiales para el estado actual. El Catálogo Oficial de Razas del Ministerio de Agricultura y el Programa de Cría constituyen referencias principales para morfología, clasificación y reglamentación contemporáneas.

SEXTO: considerar a la Asociación Nacional de Criadores fuente institucional esencial, pero contrastar sus reconstrucciones históricas con trabajos académicos y documentación de archivo cuando sea posible. Una asociación conserva una memoria propia; la historiografía debe

compararla.

SÉPTIMO: tratar los efectos ambientales con prudencia. La ganadería extensiva puede contribuir al mantenimiento de pastos y a la gestión de biomasa, pero el efecto depende de cargas, estaciones y ecosistemas. Se evita afirmar que una raza por sí sola «previene incendios».

OCTAVO: reconocer la variación local del vocabulario. El glosario propuesto necesita ampliación mediante trabajo oral en Nansa, Saja, Cabuérniga, Campoo, Polaciones, Valdáliga y otras zonas. Una palabra puede no significar exactamente lo mismo en todos los lugares.

NOVENO: no idealizar la vida rural. El sistema tradicional produjo conocimientos valiosos y paisajes culturales, pero estuvo asociado también a dureza laboral, desigualdades y limitaciones materiales. Conservar patrimonio no exige desear el regreso íntegro a aquellas condiciones.

DÉCIMO: colocar al ganadero en el centro. Una raza doméstica no se conserva sólo mediante leyes. Los programas genéticos y las ayudas funcionan únicamente si existen personas dispuestas a criar.

Las principales fuentes de partida incluyen el Catálogo Oficial de Razas de Ganado de España del Ministerio de Agricultura, el Programa de Cría de 2020, la documentación histórica de la Asociación Nacional de Criadores de Ganado Vacuno de Raza Tudanca, los fondos y publicaciones de Museos de Cantabria sobre la Casona de Tudanca, trabajos del Centro de Estudios Montañeses, estudios sobre la Mancomunidad Campoo-Cabuérniga y publicaciones científicas sobre genética y carne Tudanca.

La Casona de Tudanca constituye una fuente cultural de primera magnitud para profundizar en José María de Cossío. Una edición definitiva con aparato crítico debería consultar directamente su archivo, buscar correspondencia relacionada con asuntos ganaderos y revisar la génesis del texto La vaca tudanca y su pastoreo.

El Archivo Histórico Provincial de Cantabria, los fondos de la antigua Diputación Provincial, estadísticas ganaderas, documentación del Congreso de 1947 y archivos del Mercado Nacional de Ganados de Torrelavega pueden ayudar a resolver cronologías, censos y rutas comerciales.

La investigación oral es igualmente urgente. Ganaderos nacidos antes de la mecanización completa conservan recuerdos de bueyes, siega manual, ferias y manejo que no siempre aparecen escritos. Entrevistarlos es una tarea de patrimonio inmaterial.

El método final del libro puede resumirse en cuatro palabras: documento, paisaje, animal y voz. Ninguna basta sola. Juntas permiten acercarse a una historia que pertenece tanto a la ciencia como a la memoria.

Epílogo. Mientras quede una Tudanca en el puerto

Volvemos a la montaña. El libro podría terminar en una feria, con premios y campanos, o en un laboratorio, delante de un tanque donde se conserva material genético. Ambos lugares representan victorias de la conservación. Pero la imagen más completa sigue estando en el puerto.

Una vaca adulta camina delante de un grupo. Detrás avanzan otras hembras y varios terneros. El movimiento es lento porque nadie tiene prisa. El ganado se detiene, vuelve a andar, se separa y se reúne. El paisaje no necesita explicar nada.

Durante siglos, la Tudanca fue conservada sin que nadie utilizara esa palabra. Se criaba porque era útil. Tiraba del carro, aprovechaba el monte, proporcionaba cría y formaba parte del capital doméstico. La selección ocurría dentro de la economía cotidiana.

Después llegaron los motores y cambió la escala de valores. Los bueyes dejaron de compensar. Otras razas producían más leche o más kilos en determinados sistemas. Muchas casas cerraron. El número de Tudancas descendió con una rapidez que habría resultado difícil imaginar a los criadores reunidos en Torrelavega en 1947.

Entonces la sociedad comenzó a descubrir que una raza no es intercambiable sin pérdidas. Cada población autóctona contiene una combinación genética, una historia de selección y una relación con el territorio. La Tudanca poseía además una densidad cultural singular: el valle que le dio nombre, la literatura de Pereda, la Casona de Cossío, los puertos de Sejos, la carretería, las ferias y el conocimiento acumulado por generaciones de criadores.

Conservarla exigió cambiar de herramientas. Aparecieron registros, asociaciones, programas de cría, bancos de germoplasma y controles de filiación. La vaca que había sido seleccionada por el ojo campesino entró en la era del ADN. No hay contradicción. La ciencia continúa, con otros

métodos, el mismo esfuerzo por asegurar descendencia.

Pero ninguna técnica elimina la pregunta económica. Una raza viva necesita ganaderos vivos. Necesita pastos, mercado, relevo generacional y una sociedad dispuesta a pagar parte del valor que dice admirar. Si la Tudanca se convierte sólo en símbolo, terminará dependiendo de una protección artificial y frágil. Su mejor futuro sigue estando en una explotación donde tenga función.

José María de Cossío dejó su Casona y sus colecciones para que no se dispersaran. Los libros y manuscritos pueden conservarse en condiciones estables. La raza exige otra clase de legado. No se entrega de una vez. Debe transmitirse cada año.

Una vaca pare una ternera. El ganadero decide guardarla. Ese gesto, repetido miles de veces, es el verdadero archivo de la Tudanca.

Quizá por eso los campanos resultan tan adecuados como última música. No son un sonido de museo. Sirven porque hay animales moviéndose. Cada golpe indica presencia.

Durante siglos las Tudancas bajaron de estos montes sin saber que un día serían consideradas patrimonio. No lo necesitaban. Les bastaba con ser útiles. Tiraron de los carros, ayudaron a sostener casas, aprovecharon pastos difíciles y aprendieron caminos que los motores harían después innecesarios.

Cuando aquel mundo desapareció, descubrimos que la raza había guardado dentro de sí una parte de su memoria. La montaña estaba en sus aplomos; la escasez, en su sobriedad; la carretería, en la selección de su fuerza; los puertos, en su capacidad para vivir arriba; los criadores, en la genealogía que todavía continúa.

Por eso conservar una Tudanca no consiste únicamente en impedir que desaparezca una vaca. Significa conservar una relación histórica entre animal, hombre y territorio, y aceptar que esa relación sólo tendrá futuro si es capaz de seguir cambiando sin romperse.

El rebaño alcanza la loma. Durante unos segundos todavía se ven los cuernos. Después desaparecen detrás de la pendiente.

El campano tarda un poco más.

Fuentes y bibliografía esencial

Asociación Nacional de Criadores de Ganado Vacuno de Raza Tudanca. Información histórica y racial; documentación del Programa de Cría.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Catálogo Oficial de Razas de Ganado de España: raza bovina Tudanca. Datos morfológicos, productivos, sistema de explotación y reglamentación.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Resolución de 19 de junio de 2020 por la que se aprueba el Programa de Cría de la raza bovina Tudanca y el programa de difusión de la mejora.

Cossío, José María de. La vaca tudanca y su pastoreo. Servicios Veterinarios de Cantabria, 1997.

Pereda, José María de. Peñas arriba. 1895.

Museos de Cantabria. Casona de Tudanca: historia y colecciones.

Millán, M. C. y otros trabajos sobre los aprovechamientos de la Mancomunidad Campoo-Cabuérniga y la transformación del paisaje pastoril.

Estudios históricos y zootécnicos citados por la Asociación Nacional, incluidos trabajos de Santiago Enríquez, A. de Miguel Palomino y Antonio Sánchez Belda.

Investigaciones científicas sobre producción y calidad de carne Tudanca en sistemas extensivos y semiextensivos.